

Históricas Digital

“Quinta parte”

p. 281-374

Nicolás Pizarro

Obras II. El monedero

Carlos Illades y Adriana Sandoval
(edición, recopilación y notas)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas
Coordinación de Humanidades
Instituto de Investigaciones Filológicas

2005

616 p.

Texto

(Nueva Biblioteca Mexicana 154)

ISBN (pasta dura) 970-32-3204-3

ISBN (rústica) 970-32-3205-1

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/457/obrasii_monedero.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



QUINTA PARTE





1. EL PAYO

Mientras que dejamos a México en poder de sus enemigos, veamos cuál fue la suerte de Fernando, a quien dos hombres conducían narcotizado para la gran gruta de Cacahuamilpa, en la noche del 13 de septiembre en que se perdió la capital.

Para cumplir tal orden necesitaban los bandidos salir primeramente del camino del pueblo del mismo nombre, y en seguida tomar el de la gruta, pues aunque ésta se divisaba desde el mirador de los arcoiris —así le había puesto María— para llegar a ella era necesario hacer un gran rodeo por un camino pedregoso y lleno de precipicios.

—¿Sabes, “Gachupín”, dijo Juan “El Coyote”, después que habían caminado como dos horas, que el capitán ha dado en encargarnos comisiones muy molestas?

“El Gachupín” no contestó, y su interlocutor continuó:

—Unas veces, “¡cargue usted con ese muerto para ir a enterrarlo!”; otras “¡lleve usted al vivo para que se muera!” ¡Qué diablo de comisiones! ¿Y todo por qué? El capitán se ha vuelto muy mezquino, todo para él, nada para nosotros; parece que estoy en el cuartel, en el que sólo servía para el rancho. Si uno cambia de oficio es para mejorar; ¿no es verdad “Gachupín”?

Éste permaneció en silencio.

—Apuesto a que nada trae este pichón en las bolsas; y comenzó a registrar a Fernando, que como dijimos iba montado en la silla, sostenido por “El Coyote” que iba en ancas.

—¡Nada! ¡Absolutamente nada! porque esta gran cartera, que muy bien habrá registrado Papá Tigre, se halla totalmente vacía. ¡Vaya!, exclamó prosiguiendo el registro, algo me darán por estos juguetes de pistolas que trae en el cinto.

—¡Déjaselas!, gritó “El Gachupín”; el capitán me encargó que nada se le quitase.

—¡El capitán! ya desplumó al pollo y ahora manda que nada se le quite. La verdad, “Gachupín”, yo no voy hasta la gruta.

—¿Por qué?

—Porque en esa gruta penan muchas almas. Yo he oído decir que era un grandísimo camposanto de los antiguos indios, y no entraría en él de noche, aun cuando me dieran todo el oro del mundo.

—Pero si allí siempre es de noche.

—Entra tú.

—No, tú eres quien ha de entrar.

—¿Y tú?

—Yo me quedaré afuera esperándote.

—Nos quedaremos los dos.

—¿Y quién mete a ese hombre?

—Vendrán por él los diablos que deben andar por la cueva.

“El Gachupín” se santiguó y acercándose a su compañero, le dijo:

—Juan, si tú fueras hombre de secreto, haríamos una cosa, pero eres un hablantín, sobre todo cuando te emborrachas, que es gana...

—Di, hombre, di; también tengo recámaras para guardar los secretos de los amigos.

—Lo que ha hecho Pedro con este señor, no es de hombres.

—Pues es lo mismo que te digo.

—Sorprender a un hombre dormido, atarantarlo con no sé qué yerba, y luego despacharlo a que despierte en esa cueva sin salida, son cosas que...

—¡Gachupín! creo que ya está despertando; ¿no oíste qué resoplido acaba de echar? Si quieres lo dejamos abajo de un árbol, a bien que ya salimos del camino, y después que lo mate Dios que lo creó.

—Voy pues a apearme para que te bajes, mientras yo lo estaré deteniendo.

Entre los dos bandidos bajaron del caballo a Fernando, lo colocaron debajo de un árbol, y amarraron cerca de él a su caballo.

—Ahora Juan, vuélvete por todo el camino, ya pronto debe amanecer, y probablemente encontrarás a las gentes de este señor que lo vendrán buscando, les darás las señas como si fueses caminante que de casualidad has visto a un hombre dormido bajo un árbol. Yo estaré cuidándolo desde lejos, y luego que lo encuentren me iré a juntar contigo, allá por la peña grande que está sobre la barranquilla, a la que llaman Pulpito del Diablo.



—Pues adelante, yo me quedaré cuidando, dijo con malicia “El Coyote”.

—No, porque quieres volverlo a esculcar y robarte cuando menos las pistolas, si es que no lo desnudas.

—¿Y quién me asegura que tú no harás lo mismo?

—Pues nos quedaremos los dos.

—Es que si yo he consentido en dejarlo aquí, es por experimentar si esas pistolas que trae el viajero son de grande alcance, y por probar si su caballo es brioso.

—Es que cuando yo hago una cosa buena, no me gusta que otro la eche a perder... con que... ichtón! que ahí viene gente.

Los bandidos distinguieron en aquel momento un grupo considerable de personas que, llevando hachas encendidas, no obstante que hacía buena luna, manifestaban buscar alguna cosa en el camino, del cual se desviaban a alguna distancia para volver a él inmediatamente. “El Gachupín” y “El Coyote” se alejaron un poco para no ser vistos, y observaron que las gentes que venían, atraídas hacia el lugar que acababan de dejar al viajero por haber relinchado su caballo, se rodearon de aquél, creyéndolo muerto, y oyeron después gritos de alegría porque lo vieron despertar como de un profundo sueño.

Los bandidos se retiraron entonces, lamentándose Juan de la molestia que había sufrido en aquella caminata sin haber ganado cosa alguna.

Gregorio, criado muy fiel de Fernando, a quién nuestros lectores conocen ya, le decía a éste luego que despertó completamente:

—Pero señor amo, isi hemos andado más de seis leguas buscando a su merced!

—¿Por qué?

—¡Cómo por qué! Este camino no es el del paso del río, y creyendo nosotros que su merced se había adelantado, llegamos hasta el río, preguntamos a los de las balsas si había pasado un caballero, nos dijeron que no, y nos echamos a buscar a usted.

—¿Pero dónde estoy?, dijo Fernando.

—¡Toma! ¿Pues dónde ha de estar, sino bajo de un árbol, con tres piedras de cabecera? ¡Y a fe que ha soñado muy largo! Despierte pues y vámonos, que la carga ha quedado de este lado del río.

—¡Ah! ¡Cómo me duele la cabeza!, dijo Fernando llevándose sus manos a la frente.

—Con razón, esto de dormir a los cuatro vientos; si no le parece mal a su merced se la amarraré.



—Sí, Gregorio, envuélvela con mi mascada.

—¡Caramba! ¡Qué bien huele!, dijo el criado al sacar la mascada.

—Sí, ese aroma es el suyo; una gota es la que causa tanta fragancia...

—¿De quién dice su merced qué es esa *olencia*?

—No es sueño, ¡oh, Dios mío! ¡No es sueño! aún tengo fija en mi mente su hechicera imagen... ¡María! ¡María!

—¡Señor de Chalma! ¡Mi amo se ha vuelto loco!

Fernando continuó:

—Yo no te dejaré; aunque no comprendo cuál es el misterio que en este momento te oculta; aunque antes dudaba si era una idealidad tu existencia; mi corazón me dice de un modo indudable que el mismo poder que te tiene velada de la vista de los mortales es el que en este momento me ha arrojado en este desierto, y que a fuerza de constancia llegaré a descubrirte de nuevo...

—¡Señor! ¡Señor! ¡Por todos los santos del cielo, que no siga usted diciendo cosas tan extrañas, porque yo también me volveré loco!

—¡Loco!

—Si señor amo, loco; sin duda ese árbol, bajo el cual usted se ha dormido, es peligroso para los caminantes como muchos otros de la tierra caliente. Vámonos señor amo, vámonos, y no me dé usted el pesar de verlo perder la razón.

—¡Perder la razón! ¿Y por qué?

—Está su merced llamando a una señorita que asegura haber encontrado en estos breñales; nosotros hemos corrido toda la noche por ellos en busca de usted y no hemos visto nada. Con que así, o es sueño el que todavía tiene su merced, o es locura.

—¡Sueño! ¡Puede ser! porque siempre ha sido sueño la felicidad; ¿pero ese olor que a ti mismo te ha parecido sorprendente?

—Señor amo, vámonos de aquí, este árbol debe de ser hechicero, porque todavía estoy percibiéndolo, y le aseguro a su merced que si yo también pierdo aquí el seso, no habrá ni quién nos lleve a San Hipólito. Monte usted en su hermoso caballo retinto que está relinchando desde que ha oído su voz, impaciente por dejar estos peligrosos árboles; quién sabe también si el pobrecillo estará sufriendo algún fatal encantamiento.

—¿Dices que ahí está mi caballo?

—Sí, señor amo, y voy a traerlo inmediatamente para que suba usted en él y nos pongamos en camino; no vayan a tener alguna novedad las cargas.

—¿Pero tú por donde has venido, Gregorio?

—Por el camino real.

—Qué cosas tan extrañas me han pasado...

Tráeme el caballo, veré si puedo tenerme en él; me siento muy desvanecido... ¿Y tan hermosa, tan angelical criatura?, dijo para sí Fernando, mientras le traían el caballo; ¿habrá sido sólo una creación de mi acalorada fantasía? ¿Y aquel delicioso jardín del que me cortó ella misma algunas flores? ¿Y la corriente de aquel espumoso río que divi-sábamos teniendo frente a nosotros tres arcoiris? ¿Y el lego aquel que me ponía argumentos acerca del principio del bien y del mal?... Si todo esto no es más que un sueño, daría gustoso la mitad de mi vida por soñar en la otra mitad del mismo modo.

Fernando montó a caballo con dificultad, y al comenzar a andar no podía sostenerse, hasta que gradualmente se fue desentumeciendo. En aquel mismo día pasó el Huajintlán y al llegar a una ribera le dijo a Gregorio:

—¿Crearás que en la fuerza de mi sueño he visto este río que no conocía?

—Por María Santísima, señor amo, no vuelva su merced a darme el susto que esta mañana, porque le aseguro no lo he recibido mayor, ni en aquella ocasión en que los americanos fueron a quitarnos a balazos el placer de oro que habíamos encontrado.

—Ya viste que defendimos nuestra posición sin que nos arredraran los rifles, y que sólo hemos cedido al número y al hambre, retirándonos con el oro que habíamos recogido...

—Sí, señor amo; usted se arrojó a los mayores peligros y yo no dejaba de estar a su lado.

—Pues bien, defendería con más decisión si fuese realidad lo que desgraciadamente no es más que un sueño.

—¿Quiere su merced hacerme la gracia de contarme lo que soñó?

—Sí, Gregorio, pues deseo quede en mi memoria grabado para siempre.

En seguida Fernando contó a su criado cuanto le había pasado en la casa de “El Tigre”.

Al concluir su relación le dijo Gregorio muy sentenciosamente:

—¿Sabe su merced lo que hay en eso?

—¿Qué?

—Que su merced ha pensado al dormir en unas cosas que nos hacen delirar a todos estando despiertos. Una Eva, un jardín, la ciencia

del bien y del mal, una serpiente que en el caso presente fue un tigre, que viene a ser lo mismo.

—¡Pues el viaje a California te ha hecho todo un filósofo!

—No, señor amo, fui como vengo; sólo que allá en mi tierra siendo muchacho asistía a todos los sermones, y pude conocer lo que ya los del pueblo habían notado, y era que siempre que al cura se le olvidaba el sermón se iba al paraíso, y dale con Eva, con la ciencia del bien y del mal, y con la serpiente; ya verá su merced que hace tiempo vengo oyendo estas cosas.

En aquel mismo día llegaron Fernando y los criados que cuidaban las mulas, cargadas al parecer sólo con fruta de Cuernavaca, en cuyo lugar se detuvo Fernando algunos días, ya para restablecerse del malear que sentía desde que se había dormido bajo del árbol donde lo halló Gregorio, como porque el camino a México estaba muy inseguro a causa de los muchos dispersos que había en el monte después de las acciones del Valle.

En esos días no ocurrió nada notable en Cuernavaca sino que, habiendo llegado las tropas del Sur al mando de su general don Juan Álvarez, se difundió la noticia de que iban a ser fusilados algunos americanos que, después de la toma de México, imprudentemente se habían avanzado hasta Tlalpam, con el objeto de saquear las casas de esta ciudad, donde antes había tenido su centro de operaciones el general Winfield Scott. Una partida de pintos,¹ que se había quedado en Huitzilaque, recibió oportunamente aviso, bajó a Tlalpam e hizo prisioneros a los merodeadores.

Fernando traía algunas cartas de recomendación para el general suriano, a quien tuvo que hacerle una visita para presentárselas y suplicarle le proporcionase una escolta que lo condujese con su equipaje hasta el punto en que pudiesen llegar sin riesgo las tropas mexicanas.

El anciano general lo recibió muy benignamente y mandó expedir la orden necesaria, y mientras ésta se extendía, comenzó a platicar de los sucesos de la guerra en los que Fernando dijo que no estaba instruido por haberse hallado en Alta California, de donde los mismos americanos lo habían expelido con grave riesgo de su vida y de los mexicanos que lo acompañaban. La conversación fue rolando así hasta que el general le dijo que sus tropas habían aprehendido a algunos americanos en Tlalpam *in fraganti* delito de robo, según el

¹ Así se le conocía a las huestes del general Juan Nepomuceno Álvarez.



parte que acababa de darle el mayor general de la división, que añadía que iba a fusilarlos.

—¿Y usted, señor general, ha confirmado esta disposición?, preguntó Fernando.

—No he determinado cosa alguna, pero tal es el derecho de la guerra.

—Conozco que haría mal en dar opinión sobre asunto tan grave, especialmente cuando usted no me lo pregunta, pero...

—Hable usted con toda confianza.

—Iba a decir que aunque hay muy buen derecho para castigar de muerte a los merodeadores, porque separados de los ejércitos a que pertenecen no tienen ya la protección del derecho de gentes, en las circunstancias que según usted se ha dignado referirme nos hallamos, podría traer graves consecuencias a nuestros prisioneros el fusilar a aquéllos, porque los americanos han de procurar hacer creer que son simples prisioneros de guerra e intentarán tal vez una sangrienta represalia.

—La observación de usted es muy prudente, y le doy sinceramente las gracias por esta prueba de ilustrado patriotismo. Muchas ocasiones, y ésta es una de ellas, el derecho debe de subordinarse a una alta conveniencia política.

—¿Entonces qué vamos a hacer con esos gringos?, dijo un capitancillo que había estado oyendo la conversación, porque era el mismo que había redactado la orden para la escolta en calidad de secretario *ad latere* del general.

—El señor, contestó el general, refiriéndose a Fernando, podrá conducirlos presos a México con la escolta que vamos a darle, y procurará canjearlos por algunos de los nuestros que están en poder del enemigo.

—Lo haré con mucho gusto señor general.

—No deje usted, señor secretario, de hacer mérito en el oficio con que se remitan los prisioneros al general en jefe del ejército americano, de la grave consideración que se ha tenido presente para no castigarlos como se merecen.

El secretario escribió el oficio que acababa de mandársele, lo leyó en voz alta y lo presentó para la firma haciendo un gesto de desdén, como poco acostumbrado a ver que otro diese su parecer al general, y se salió de la pieza en que éste se hallaba sin saludar a nadie, llevando una pluma tras de la oreja, con el sombrero de lado y ostentando una



figurita trigueña, magra y raquítica, que hacía un visible contraste con aquella arrogancia.

Fernando se despidió con gran cordialidad y atención del general, y al día siguiente salió de Cuernavaca trayendo a los prisioneros americanos cuyo canje iba a proponer, escoltados, así como su equipaje, por unos cincuenta hombres de caballería.



2. ENRIQUE WALKER Y ANTONIA

Entre los prisioneros se hacía distinguir uno que merecía bien la calificación de hombre hermoso, aunque su fisonomía falta absolutamente de animación, causaba una instintiva repugnancia, especialmente para los mexicanos, cuyo carácter peca en lo general por demasiado afectuoso, lo que a la larga suele atraerles injustamente el epíteto de falsos.

Enrique Walker, éste era el nombre del yanqui a quien nos referimos, tenía una estatura elevada y musculosa, el pelo de la barba de un rojo subido y su cabellera rubia. Sus ojos que por ser azules podrían templar lo áspero de su fisonomía, no tenían brillo, y sus facciones regulares si algo expresaban era una constante seriedad; aquel hombre seguramente nunca se había reído, nunca tampoco había llorado; iba vestido con una levita de paño fino color de café, bien hecha, aunque parecía no venirle bien, y que le estaba muy ajustada, a la que había cosido las presillas de teniente; el pantalón era de paño azul corriente que no hacía buen maridaje con la levita, y menos con un soberbio diamante que llevaba en un anillo de oro colocado en el dedo meñique de la mano izquierda. Era el jefe de los merodeadores, y sabiendo que Fernando les había librado de la muerte, y observando que la escolta recibía las órdenes de éste, se le acercó cuando se detuvo la caravana en la Venta del Guarda para comer, después de un camino de diez leguas, y tocándose ligeramente la cachucha le dio las gracias en nombre de sus compañeros de infortunio, por los buenos oficios que había hecho, por haberse opuesto a que viniesen amarrados y a pie, según había determinado el comandante de la escolta.

Fernando se excusó primero de no entender perfectamente el inglés, y después le significó que las consideraciones de humanidad eran las que lo habían impulsado a hablar al señor general Álvarez, a cuya bondad debían la vida. En aquel momento Fernando empezaba a comer acompañado del comandante de la escolta y de su fiel Gregorio,



pero el yanqui, sin ser convidado y sin cuidarse de ceremonias, se sentó a la mesa devorando más cantidad de viandas que los otros tres.

Fernando llegó a México, entregó a los prisioneros, y recibió en canje algunos oficiales surianos que estaban detenidos, porque no habían querido juramentarse para no volver a tomar las armas contra los americanos; escribió al general Álvarez acerca del resultado de su comisión y no volvió a ocuparse de tal asunto.

Pasados algunos días y estando en el almacén, vio entrar a Walker sin llevar insignias militares y con un traje muy decente, perfectamente ajustado a su cuerpo, significándole que tenía que hablarle en secreto. En la conversación que en seguida tuvieron, éste le refirió que había venido de voluntario por sorpresa, porque habiéndosele convidado a comer en un buque que estaba anclado frente a Boston, después de la comida, había habido un gran acaloramiento por efecto de los licores, y que allí se había alistado para venir a México, dándose inmediatamente a la vela, pero que cumplido su tiempo ya no había querido reengancharse. Añadió también que deseaba cambiar su patria por México, y que si Fernando que le había salvado la vida, y que por esto era su padre, quería darle su protección, como lo esperaba de su buen corazón, él podría llegar a establecerse en esta República; que era católico, y le enseñó una medalla de oro que traía colgada de un rosario, y que no quería ningún auxilio pecuniario pues tenía el dinero suficiente y en su tierra algunas proporciones, pero que siendo extranjero y habiendo venido como enemigo, aunque no lo era de México, necesitaba una persona de respeto que lo protegiese.

Fernando no sabía qué pensar ni qué resolver después del larguísimo relato del yanqui que hemos extractado, porque era costumbre entre ellos hacer una peroración de horas cuando tenían que sostener alguna cosa. Walker, con una destreza notoria, había dejado de tocar el punto crítico de su aprehensión por merodeador, y Fernando que no quería ofenderlo, no sabía cómo pedirle explicaciones sobre el particular. Al fin se resolvió a hacerle una insinuación, diciéndole:

—Pero usted ha tenido la desgracia de...

—¿De qué?

—Allá en Tlalpam...

—¡Ah! fue una calumnia que se ha desvanecido plenamente ante el general Scott, mediante una información de testigos muy respetables.

—Pero el hecho es que...

—Que habíamos salido a pasear, nos sorprendió la noche, y por robarnos nos han aprehendido... A mí sólo me han quitado los pintos diez onzas, y para que no me despojasen de este anillo, y le enseñó el diamante que tenía en el dedo, he tenido que cebarlo en la bota... ¡y después de esto querer fusilarnos! Pero mi buena estrella hizo que usted llegase a Cuernavaca y nos diese la vida.

—Pues bien, contestó Fernando, sin quedar muy convencido de la inocencia de Walker, dígame usted en qué puedo servirle.

—Por ahora en nada, quiero solamente su amistad, y en algún remoto caso, su protección.

El yanqui se despidió a pocos momentos y Fernando se quedó cavilando involuntariamente acerca de lo que aquél había venido a manifestarle.

Antes de continuar la narración de los sucesos referentes a Walker debemos indicar que Fernando, luego que llegó a México y se instruyó por su dependiente principal, que entonces era su socio, de que el estado de la caja era de lo más comprometido, a causa de las libranzas del padre don Luis que no habían dejado de cubrirse, y por la suspensión de pagos de la casa de Cavalier, procuró tranquilizarlo diciéndole que todo estaría arreglado, y que se ocupase personalmente en buscar una casa que necesitaba con singulares condiciones.

Entonces había en México muchas casas vacías por la multitud de familias que habían emigrado al aproximarse los americanos, y sin embargo se pasaba el maquinista buscándola los días enteros sin encontrar una que le acomodase, siendo de advertir que no se paraba en precio.

El mismo día en que Walker había ido a verle, encontró afortunadamente la casa que le convenía, pues pasando por la calle de Medinas vio que los balcones del número 8 tenían papeles blancos, entró a aquella casa sin acordarse desde luego que era la misma en que había conocido a Rosita, pero al pasar acompañado del que estaba encargado de enseñarla por el corredor en que había regado las onzas de oro que vino a pagar por su deuda, contraída por el juego, preguntó:

—¿Aquí vivía el señor don Domingo Dávila?

—Sí, señor.

—Habrás salido de México a la llegada de los americanos; probablemente volverá la familia a esta casa, cuyo arrendamiento por poco tiempo no me conviene.

—Puede usted entonces estar tranquilo por toda una eternidad.

—¿Cómo?

—El señor Dávila ha muerto.

—¿Ha muerto? ¿Dice usted que el señor Dávila ha muerto?

—Sí, señor.

—¿Pero cuándo? ¿Cómo ha sido eso? ¿Y la familia?

—Según he oído decir, hace unos nueve días; ¿no estamos hoy a 23? Cabal, hace nueve días, porque fue en la primera noche después de la entrada de los americanos.

—¿Y la familia?

—¡Ah! la pobrecita niña que era el total de la familia salió al siguiente día de la casa.

—Pero eso es muy extraño, sin esperar siquiera...

—Y sin que le haya quedado a la pobre señorita ni para el luto... esto me han dicho los vecinos.

—Pero el señor Dávila era muy rico.

—Al tiempo de morir dicen que no; aunque lo hubiera sido, como esta casa fue enteramente saqueada...

—¿Y no sabe usted a dónde se ha ido la señorita?

—No, señor, y sólo puedo decirle a usted que hará unos cinco días que vino un señor muy decente a recoger en nombre de la señorita todo lo que a ésta perteneciera, pero como aquí nada había quedado, nada se le dio.

—¿Qué señas tiene ese señor?

—Cuerpo regular, ojos negros, fornido...

—De bigote y perilla.

—¡Oh! no señor, absolutamente sin pelo de barba.

Entonces no es Montemar, dijo para sí Fernando; fuera de que éste no ha podido estar en México después de la ocupación; pero sea quien fuere, celebro que no le falte quien mire por sus intereses.

—Parece que era usted amigo del señor Dávila, dijo el conductor.

—Amigo... precisamente amigo, no... ¿pero decía usted que vino un caballero a recoger las cosas de la casa?

—No, señor; ¿qué había de recoger? Trajo una orden del general en jefe para que se le entregase lo que hubiera, y como en la orden se prevenía que se desocupase la casa, nos redundó el bien de que en el acto la dejaran los oficiales que aquí vivían.

—¿Pero usted no sabe dónde está la señorita Dávila?

—Ya he dicho a usted que no.

—¡Cuánto deseara yo saberlo!

—Es cosa bien difícil por cierto; ya sabe usted que México se traga a las gentes, especialmente siendo pobres.

Fernando exhaló un profundo suspiro y penetró en aquella casa solitaria y sin muebles, evocando en vano las sombras de sus antiguos habitantes, y diciendo para sí, según iba pasando por las piezas:

—Aquí tocaba la lira y hacía resonar estos cielos con su armoniosa voz; aquí tendría probablemente su tocador, de donde salía impregnada de gratos aromas a cautivar muchos corazones tan incautos como lo fue el mío; aquí se sentaba a coser, y por esta puerta salió a lanzarme aquella mirada despreciativa, cuando se ofreció la reyerta con su padre, sin indagar primero si yo tenía razón; pero la perdono, porque si fue conmigo injusta, quiso sin duda ser buena hija.

—¿Ya conoce usted el entresuelo?

—Sí señor, y por él tal vez me convendrá la casa.

—Pero falta aún que ver la vivienda que tiene en la azotea completamente sola, y aun con la facilidad de darle entrada directa por el segundo patio, o dejarle la que tiene por la cocina.

Fernando y el conductor subieron a las piezas de la azotea, en donde aquél notó que dichas piezas dominaban completamente todas las azoteas vecinas, y que el único punto desde donde puede verse lo que pasa en ellas es el convento de San Lorenzo, lo que se impediría fácilmente haciendo un tránsito cubierto de tablas.

—Decididamente, dijo Fernando, bajando la escalera de la azotea, me quedo con la casa.

—Perfectamente; pero ya sabrá usted que es carita.

—¿Cuánto gana?

—El señor Dávila pagaba dos mil pesos anuales.

Pues avise usted que la tomo, y si no hay inconveniente en que se me mande razón al almacén de máquinas de la calle de La Profesa en esta misma tarde, allí estaré esperando.

—Iré yo mismo, ¿por quién he de preguntar?

—Fernando Henkel, respondió éste dándole una tarjeta.

—¿Y el fiador?

—Lo daré a satisfacción del dueño.

Muy poco tiempo después recibió aviso de que la casa corría desde aquel momento por su cuenta y se le entregaron las llaves.

Fernando hizo mudar desde luego la maquinaria que tenía en bodegas alquiladas a los bajos de la nueva casa, devolvió los entresuelos

que antes habitaba, y fue a instalarse a los de la calle de Medinas, cuyo piso principal dejó en el estado en que lo encontró.

Abrió una comunicación del entresuelo para la escalera de la azotea y se dedicó, desde que estuvo practicada la comunicación, a un trabajo incesante de todo el día y de gran parte de la noche, sin que supiese nadie en qué trabajaba, y sin que se sospechase siquiera dónde pasaba el día, pues era visible solamente en el almacén de La Profesa, de ocho a nueve de la mañana, hora en que, como si fuese sombra, se aparecía vestido de negro, pálido y flaco, apeándose de un coche para hablar de los negocios de mayor entidad con don Abundio, pues en todo lo demás éste determinaba.

No faltó quien comenzase a difundir la voz, que se hizo general entre el vulgo, de que don Fernando Henkel, que había vuelto muy rico de California, hastiado de la vida por haber recibido unas *calabazas* cuando era pobre, no tenía otro placer que el de fumar opio y dormir todo el día, costumbre que había tomado de unos chinos. Añadían que en su casa no entraban visitas ni las hacía, porque padecía un *esplín*² formidable.

Habrían pasado unos dos meses de llevar esta vida, cuando un día a la hora en que estaba en el almacén se le presentó una joven enlutada, con los ojos llorosos, diciéndole:

—Soy hija de un valiente militar que ha muerto gloriosamente en el Molino del Rey; vivo con mis hermanitos sin tener quién nos dé para la subsistencia, y sabiendo que usted es muy rico...

—¡Don Abundio!, gritó el maquinista.

El dependiente se acercó a Fernando, quien le dijo en voz baja:

—Dé usted a esta señorita dos pesos.

La joven los recibió y volvió llorando por el lado del mostrador en que estaba el maquinista.

—¿No le han dado a usted los dos pesos?, le preguntó éste distraídamente, pues ni aún le había visto la cara.

—Sí, señor.

—¿Pues por qué llora usted?

—Lloro porque recuerdo dolorosamente cuán equivocado estuvo mi padre cuando al marchar a la campaña me repitió varias veces, si muero, en lugar de un padre tendrás el apoyo de muchos buenos mexicanos, que sabiendo que te dejo pobre y sin recurso, te impartirán una protección generosa... He recorrido con mi traje de vergonzante las

² Del inglés *spleen*. Melancolía, tedio de la vida.

casas de varios ricos, que me han despedido sin dignarse escucharme; otros me han dado algunos reales que he recibido humildemente para no tener responsabilidad ante Dios por la resolución que tengo tomada; y cuando en fin, arrastrada de una verdadera desesperación, he encontrado al mejor de mis benefactores, éste me manda dar dos pesos por mano de su dependiente, honrándose a sí mismo con esta dádiva, pero deshonrando mi luto...

Alzó entonces los ojos el maquinista, que se ocupaba en revisar una cuenta de varios pliegos, y vio delante de sí a una joven como de veinte años, cuyas facciones nada tenían de notable, excepto la frente que era bien hecha, y los ojos que lanzaban miradas fijas y resueltas.

Algo turbado Fernando, como le sucedía casi siempre cuando tenía que entrar en una conversación difícil, le preguntó:

—¿Me decía usted que había tomado una resolución? Si quiere usted indicarme cuál sea...

—Vuelvo a mi pobre casa, de la que está queriendo arrojarme un cruel mayordomo de monjas; llevo a mis hermanitos los dos pesos que ha mandado usted darme y algunas pesetas que he recogido; cuando este dinero se me acabe, empeñaré el vestido que traigo, y cuando se consuma lo del empeño...

—¿Cuando se consuma lo del empeño?, decía usted...

—Me dejaré morir de hambre con mis hermanitos, porque juré que no he de volver a pedir limosna.

Y al concluir la enlutada estas frases, salió del almacén, dejando estupefactos a los dependientes y al amo.

Pasados algunos momentos en que se agolparon mil reflexiones a Fernando, llamó apresuradamente a su criado que había traído los caballos para invitar al maquinista a que hiciese ejercicio, y esperaba inútilmente como otros varios días a la puerta.

—¡Gregorio! sigue a esa joven, observa minuciosamente cuanto haga; ve dónde entra, y vuelve luego a darme razón de todo.

El payo marchó a desempeñar su comisión, dejando a su amo en un profundo mar de reflexiones:

—Acaso una resolución semejante, se decía éste, habrá ya tomado la hija del señor Dávila, ¡y tal vez estará pronta a sucumbir en medio de los tormentos que siempre acompañan a la miseria! Esta joven ha venido a referirme su indigencia y la he socorrido; ¿por qué me ha dicho en tono de amenaza que se dejará morir de hambre? ¡Ah! necio que soy; porque en primer lugar la he humillado, encargando a otro a quién

ella no se había dirigido, que le diese la miserable cantidad que designé; y en segundo lugar, porque mi *caridad* de puro mezquina viene a ser una gota de agua arrojada con intención de apagar un incendio, de manera que soy doblemente necio. Pero en fin, así es como se acostumbra hacer la caridad, y aun según me ha dicho la pobre huérfana, yo he sido el que ha manifestado mayor largueza. Estoy, pues, en lo más avanzado de la beneficencia, continuó diciendo, dejando asomar en sus labios una ligera sonrisa, que indicaba que en aquel elogio había una merecida ironía...

No sé por qué estoy intranquilo, la conciencia me dice alguna cosa que no comprendo bien... ¡Si cuando me quedé huérfano en la casa del herrero que me dio educación y porvenir, hubiera encontrado con un hombre tan altamente caritativo como yo, de seguro que estaría a buen componer rajando leña, o arrastraría una existencia miserable y horrorosamente degradada, si después de haberme arrojado un miserable pan me hubiera despachado a mendigar en otras partes. No, no es ésta ciertamente la caridad que Jesucristo quiso ejerciésemos los unos con los otros; esta caridad que humilla, que abate, que degrada, no es caridad, porque el verdadero amor del prójimo que se halla en desgracia, debe ser afectuoso y reparador de los hondos sufrimientos, de los terribles destrozos que en lo moral viene siempre a originar el infortunio; la verdadera caridad es una voz del cielo que dice al desgraciado como Jesucristo le dijo al paralítico: “¡Levántate y anda!” pero por ti solo, sin necesidad de recurrir otra vez al que te ha dado la mano.

—¡Don Abundio!, dijo Fernando, dirigiéndose a su dependiente con cierta impaciencia, ¿no le parece a usted que tarda mucho en volver Gregorio?

—Acaba de irse, señor don Fernando.

En aquel momento entró Enrique Walker, que no había cesado de visitar a Fernando, y con la mayor cortesía se excusó de no haber venido en toda una semana. En seguida preguntó a Fernando si había algún inconveniente en que se le guardasen en la casa unas treinta onzas de oro que había ganado en el juego.

—Soy generalmente afortunado, dijo el yanqui, y yo desearía, si continúa mi buena suerte, reunir poco a poco un capitalito para comprar algún terreno, pues ya lo he indicado a usted que deseo quedarme en esta bella República.

Fernando dio orden de que se recibiese el dinero del americano y éste continuó:

—Si tiene usted la bondad de prevenir que no se me dé nunca en junto sin licencia de usted, a fin de que aun cuando pida lo que me he apartado para volver al juego, no pueda yo arriesgar todo lo que he ganado.

Fernando tradujo a don Abundio el encargo del americano, y éste se retiró a pocos momentos, porque hacía un estudio particular en no ser importuno para su papá (así llamaba al maquinista).

Fernando miraba repetidas veces el reloj, pues la hora en que acostumbraba estar en el almacén había pasado, hasta que al fin vio entrar a Gregorio, que era a quien únicamente aguardaba, y llamándolo aparte le preguntó:

—¿La seguiste?

—Sí, señor amo.

—¿Y qué hizo en el camino?

—Se ocupó de varias frioleras.

—Dímelas.

—Pero ¿cómo va su merced a ocuparse de...?

—Con que salió de aquí... y...

—Entró a la panadería de la calle de El Esclavo, compró seguramente su pan, porque salió cubriendo con su tápalo un pequeño bulto; se volvió hasta la esquina de La Canoa y se fue por esta calle, entró a la tienda de la esquina de la Estampa de San Andrés, compró algo que no pude ver, porque mi alazán se impacientaba mucho de ir tan despacio, y al querer detenerlo cerca de El Baratillo³ dio unos brincos terribles y me hizo ir muy lejos; cuando salió de la tienda la señorita, siguió la calle de la Estampa de San Andrés y se metió en el número 3. Yo dije entonces para mí: el amo desea seguramente que yo indague quién es esta señorita, y nada adelantaré con saber que compró pan y chocolate. Entré resueltamente a la casa alborotando a los perros con el ruido que hace la anquera, salieron las vecinas a ver qué sucedía, y entre ellas afortunadamente divisé a una antigua conocida.

—¿Qué anda usted haciendo por aquí, don Gregorio?, me dijo.

—Nada, señora Pascuala, lo contesté; tengo que hacerme unas camisas, y acordándome de usted...

—Ya sabe usted que para coser ropa blanca estoy incapaz; ¡fuera como en otros tiempos!

³ Éste se hallaba entonces en donde está ahora el hermoso teatro de Iturbide. [Nota del autor.]

—Me bajé del caballo encargándoselo a un chicuelo, y dije después a la buena señora.

—Aquí ha entrado hace un momento una señorita, y tal vez le convendría hacer las camisas.

—¡Ah! con que usted venía...

—No, doña Pascualita, no piense usted nada malo...

Fernando hizo una señal de impaciencia, y Gregorio que lo advirtió, le dijo:

—Para no cansar a usted, doña Pascuala me llevó a hablar de las camisas con la señorita, y entramos a una habitación baja que hay en el fondo de dicha casa, compuesta de dos piezas en que parece que nunca entra el sol. Yo me quité mi sombrero con gran respeto y puse mi cara de payo. Doña Pascuala refirió a la niña el deseo que tenía yo de que se me hicieran unas camisas, a lo que contestó la señorita con mucha amabilidad:

—Bien quisiera ocuparme de eso; pero no sé coser... para remendar a mis hermanitos tengo mil trabajos.

Yo sin esperar a que me ofrecieran asiento tomé una silla vieja que había allí, y a la seña que me hizo señora Pascuala como de reconvencción, respondí diciéndola que me iba a componer una bota, en cuya operación tardé mucho tiempo, haciendo que el atadero se me cayese varias veces. La señorita sin tener embarazo por nuestra presencia, indicó a mi compañera se sentase en una pobre cama que allí se miraba, y se puso a dar el desayuno que acababa de comprar a unos dos angelitos que desde que yo llegué se habían apoderado de los gruesos botones de mi calzonera, divirtiéndose mucho al ver en ellos sus caritas como en un espejo.

—Anda, ¡Aurelio! ¡Pepe! desayúñense, que hasta ahora no ha faltado gracias a Dios; de aquí a mañana nadie sabe lo que suceder...

—¿Cómo se llama esa señorita?, interrumpió Fernando dando la última vista a su reloj.

—Yo oí que los niños le llamaban Antonia.

—Está bien, has desempeñado perfectamente el encargo; vete a pasar hoy si te parece; lleva mi caballo retinto.

—Precisamente iba a decir a usted que se está avejigando de no montarlo...

Estas últimas palabras ya no las oyó Fernando, quien subió al coche que le aguardaba en la puerta, y se alejó rápidamente.



3. LOS HIJOS ADOPTIVOS

En la noche de aquel día salió el maquinista, contra su costumbre, envuelto en su capa, habiendo prevenido antes a su cochero que le esperase con el coche en la esquina de El Baratillo desde las siete. Leyó en la cartera el apunte que había tomado referente a la desconocida Antonia, y se encaminó a la calle de la Estampa de San Andrés; entró al número 3 y se dirigió a la vivienda del rincón a cuya puerta tocó con suavidad. Viendo que nadie salía a abrirle, aplicó el oído con objeto de percibir algún ruido de alma viviente, y oyó claramente que una voz dulce rezaba fervorosamente, y que respondían unos niños. Bien hubiera querido no interrumpir aquella santa ocupación, pero continuando en la puerta llamaría la atención de las vecinas que afortunadamente no le habían visto entrar, y acaso daría motivo para que murmurasen de la pobre huérfana. Repitió por tanto sus golpes a la puerta con más fuerza, y notando que el rezo se había suspendido, esperó a que abriesen la puerta.

Vino efectivamente a abrir la misma joven que en la mañana había ido a verle al almacén, trayendo en la mano un candelero de barro en que estaba encajada una vela.

La joven abrió sin titubear después de haber preguntado el ¿quién es? de costumbre, y luego que pudo distinguir y conocer a Fernando, le ofreció que entrase, exclamando con verdadera sorpresa: ¡Ah! es el señor del almacén a quien vi esta mañana...

—Pase usted señor, pase usted, ya que por desgracia ha dudado de lo que lo he dicho; convéznase usted por sus propios ojos...

—Señorita, yo no he dudado de lo que usted me ha dicho; y si hoy he venido es con el deseo de reparar una falta... porque después que salió usted del almacén he pensado que supuesto que está usted sin abrigo y no cuenta con auxilio ninguno permanente, podría yo proporcionar lo necesario para que ejerciendo alguna industria...

—Gracias, señor muchas gracias, porque lo que me dice usted me causa un gran consuelo: ¡oh, Dios mío! ¡Qué feliz soy en no haber

desesperado de tu bondad! ¡No era la muerte, no, la que me infundía el menor pavor, pues al contrario, la deseo para ir a reunirme con mi padre, sino el horror que me infundía ir a tu presencia maldiciendo, execrando a la especie humana! ¡Aurelio, Pepito, vengan a abrazar a su salvador!

Y tomando al más chico que era como de cuatro años en los brazos y al mayorcito de la mano, los presentó a Fernando diciéndoles:

—¿No se acuerdan de que papá nos decía que no nos habían de faltar otros padres?

—Sí, Tonchi, respondió el mayor, antes de que se muriera nos lo decía muchas veces llorando; así nos lo decías también ahora, pero como estabas tan triste, creía yo que no era verdad...

Fernando abrazó a aquellos niños inocentes con un transporte de la más íntima alegría, pensando para sí en los momentos de silencio solemne que siguió a esta especie de adopción: ¡oh, qué crueles remordimientos habrían acibarado mi existencia, si por demorar mi venida, estos preciosos niños hubieran perecido!

Antonia entretanto lloraba de alegría viendo que Fernando ponía sobre sus rodillas a los dos hermanitos.

—Señorita, ya he indicado a usted cuál es mi intención, y por qué motivo he venido a buscarla... No volverá usted a implorar la caridad para subsistir, al menos mientras yo tuviere algunos recursos... Sólo falta que usted me diga si acepta mi ofrecimiento y de qué manera quiere que lo realice.

—¡Ah! verdaderamente estoy confundida; porque aunque yo deseaba alguna cosa así, que me proporcionase el modo de asegurar una pobre subsistencia sin pedir más a nadie... pero es el caso...

—¿Qué hay?

—Que yo no sé hacer nada.

Fernando se quedó pensativo.

—Sin embargo, señor, continuó la joven, me siento capaz de aprender todo, de entrar a cualquier empresa por arriesgada que pueda ser; pero debo decir la verdad, yo no sé hacer nada... Esto me desconsuela mucho... Nada me han enseñado. Mi padre mientras tuvo algunos recursos me consintió demasiado, sin querer que me molestase... Como él tampoco había tomado desde joven alguna profesión, luego que se vio pobre entró a la carrera de las armas y murió en el Molino del Rey. Cuando supe su muerte busqué esta casita y después me he ido manteniendo con la venta de los pocos muebles que teníamos.

—¿No sabe usted escribir?

—Sí, señor.

—¿Quiere usted enseñarme su letra?

—Con mucho gusto. Lea usted esta carta, y sacó del seno un papel; la escribí calculando que lo que hoy recibí de limosna se me acabaría mañana pues pagué en la tienda lo que me habían fiado, y deseaba que cuando nos encontrasen muertos en esta casa supiesen que antes había yo dado a conocer mi miseria.

Fernando leyó la carta que decía:

México, noviembre 22 de 1857

¡Muero de miseria y desesperación! Seres tan desgraciados como hemos sido mis hermanitos y yo, lo mejor que pueden hacer es desaparecer de entre los vivos, para no servir de estorbo a la sociedad, de disgusto a los ricos, y de acusación a los falsos cristianos. El mayordomo de una corporación religiosa me atormentaba con sus amenazas, me sacaba citas de jueces, ¡a mí, pobre mujer! ¡A mí, mendiga!, con objeto de que nos apresurásemos a desocupar estos dos cuartos húmedos y oscuros, ¡porque a la corporación de monjas que se recogen para hacer vida de perfección cristiana, les hacían urgente falta los cinco pesos de esta pocilga! Para los mayordomos y para las monjas nuestra infausta vida era un estorbo; deben pues quedarnos agradecidos.

Los ricos a quienes ayer he visto por la última vez exponiéndoles mis sufrimientos ya no oirán el plañidero de mis importunas visitas, aunque a decir verdad, no les he llorado muchas veces. Considero que debe serles enfadoso a los que siempre son felices, el contacto, la intermediación de la miseria, y antes de parecerles asquerosa, antes de volver a serles despreciable, me doy por satisfecha de no haberles sido importuna, y quiero que también me agradezcan mi delicadeza para con ellos.

Hoy vi a un señor bondadoso, que me dio para una semana de comida, aunque la necesidad de pagar mis deudas, pues no quiero que ninguno sienta nuestra muerte, la redujo a dos días; estaba tan ocupado en sumar sus grandes riquezas, que con aire distraído mandó se me diese una limosna. Si él en persona me la hubiera hecho, si hubiese prestado una atenta consideración a mi dolor y a mis lágrimas, porque con él lloré más que en ninguna otra ocasión, volviera a suplicarle otra vez; pero he jurado delante de él no pedir ya limosnas y ni ante la muerte retrocedo de mi juramento. En castigo de su indiferencia le voy a dejar un extraño legado, pues quiero



que pague nuestro entierro, supuesto que las puertas de la eternidad se abren, así como las de la vida, con llave de plata... que se le busque en el almacén de máquinas de la calle de La Profesa.

¡Oh Dios mío! conozco, siento íntimamente que alguna cosa buena pude hacer en el mundo; pero tú lo has dispuesto de otro modo, y muero en la fuerza de la juventud mirando antes la lenta agonía de mis hermanitos.

La carta no estaba concluida; Fernando que estaba conmovido desde que había oído el rezo de aquella joven casi suicida, y que veía entre sus brazos a las dos inocentes criaturas, no pudo contener al fin sus lágrimas, porque sintió la necesidad de llorar, así como otras veces se siente la de cantar; pero deseando dar a aquella escena un aspecto menos desgarrador, le dijo a la joven:

—Puesto que no está terminada la carta, dígame usted cómo la terminaría ahora.

La joven con el mayor despejo del mundo, continuó diciendo:

—Ahora escribiría yo esto: tengo que variar del todo la carta precedente. Marchaba a la tumba conducida por la desesperación, porque no había encontrado en mi penoso camino a la caridad; ahora que tengo pruebas seguras de que existe en el mundo, aunque por desgracia es muy rara, esperaré tranquila, resignada y aun contenta la suerte que la Providencia divina me depare, pues que me siento renacer a la sola creencia que acabo de adquirir, de que el amor al desgraciado no es para todos como antes había llegado a pensarlo, una palabra vana.

—Y qué nombre pondría usted después de esta preciosa posdata.

—Antonia.

—¿Nada más?

—Para poner el apellido necesito saber el de nuestro padre y miró al maquinista de un modo tan suplicante, que éste comprendiendo el objeto de aquel ruego mudo, respondió:

—¡Cómo! ¿El mío?

—Sí, el de usted.

—¡Oh! ¡Dios mío! Si yo no tengo apellido propio; un hombre generoso que me recogió de las calles, que me salvó de la miseria y me dio educación, me dejó también su apellido.

—¿Y cuál es?

—Me llamo ahora Fernando Henkel.

—Pues yo en lo de adelante: Antonia Henkel.



—¡Cuánto se regocijará en el cielo mi padre adoptivo al ver que pasa su nombre a una tan interesante criatura, bajo tan buenos auspicios!

—¡También mi padre que habrá rogado a Dios para que usted se haya dignado venir a esta casa, verá cumplida su predicción, porque siempre esperó que después de su pérdida, la Providencia nos depararía nuevo padre!

En aquella misma noche condujo Fernando en su coche a sus hijos adoptivos al Hotel de la Bella Unión, donde encargó que se les atendiese en cuanto necesitaran, previniendo a su lacayo se quedase desde luego a servir a la señorita doña Antonia Henkel.



4. UN NUEVO CAJÓN DE ROPA

Satisfecho Fernando del paso que había dado, se retiró a su casa a continuar el incesante trabajo en que según hemos dicho estaba ocupado. Al principio, le había ocurrido como lo más natural, llevar a sus hijos a la parte alta de la casa en que él mismo habitaba. De pronto le detuvo la consideración de la falta absoluta de muebles, y después desechó del todo esa idea, diciéndose en medio de su trabajo, que por estas consideraciones interrumpía momentáneamente:

—¡No! yo no debo hacer a Antonia partícipe de los riesgos que corro; sería una cruel fascinación que soñase con la opulencia, y despertase después con la desgracia en que de un momento a otro puedo yo ser envuelto. Le buscaré una casa modesta, haré que se adiestre en alguna cosa, en el comercio de géneros, por ejemplo; al menos mientras crecen los hermanitos, les traspasaré un cajón, y si por mi mala estrella tengo algo que sufrir, el recuerdo de haber hecho una buena acción me alentará en mis sufrimientos.

Al siguiente día, no queriendo quitar de su trabajo más que la hora que destinaba al almacén, pasó en coche a éste y sin apearse preguntó a don Abundio si se había ofrecido algo, a lo que el dependiente contestó negativamente. El cochero recibió entonces orden de dirigirse a la Bella Unión.

En el camino se decía Fernando:

—¡Qué claridad de talento tiene Antonia! y sobre todo ¡qué carácter! lástima es que con tan excelentes disposiciones, que no son raras en las jóvenes mexicanas, se queden éstas en la más completa ignorancia, y expuestas a ser presa de la miseria el día en que les faltan sus padres o maridos.

—Pero lo que verdaderamente es conmovedor, continuó Fernando, es aquella inocente probidad de Antonia, que antes de resolverse a morir de hambre, no quiso quedar debiendo al tendero algunos reales, con los que calculaba poder prolongar su existencia por al-

gunos días más. Sí, así es el carácter femenino en México, elevado, heroico...

El coche llegó a la Bella Unión, y Fernando subió lleno de gozo al cuarto en que estaban sus hijos y tocó suavemente a la puerta, entrando después.

—¡Buenos días, Antonia!

—Papá, buenos días.

—¡Qué bien peinada está usted, hija mía! me gusta que sea tan aseada.

—Vea usted a mis hermanitos.

—También están peinados; ¡muy bien, señorita, muy bien!

Antonia vino en seguida a sentarse cerca de su padre.

—¡Estoy muy contenta! Toda la mañana he cantado

—¿Usted canta?

—No, yo no sé nada; pero he estado cantando después de haber rogado a Dios permita que en todo le vaya a usted bien.

—Gracias, hija mía.

Viendo entonces Fernando la casi desnudez de los chiquitos llamó al lacayo, le dio una tarjeta y le dijo:

—Anda con esta tarjeta a donde venden ropa hecha para niños, y trae una docena de vestidos para Aurelio y otra para Pepito; tómales medida como puedas.

—¿Una docena?, preguntó Antonia; no señor ¿para qué son tantos vestidos? con dos para cada uno sobra.

Fernando se había olvidado muy pronto de la mediocridad en que deseaba colocar a su nueva familia.

—Dice usted bien, Antonia; supongo que con igual número de vestidos se contentará usted.

—De vestidos, no, señor.

—Pues que le traigan a usted lo que guste, dijo Fernando riéndose, por figurarse que era económica con sus hermanos, y no consigo misma.

—Mucho menos.

—¿Pues qué desea usted?

—Como casi en toda la noche no he dormido, he estado pensando en muchas cosas.

—¿En muchas cosas?

—Sí, y una de ellas es la promesa que he hecho de no ponerme jamás un vestido que yo misma no cosa.

—¡Pero criatura! anoche me dijo usted que no sabía coser.

—Yo no le he dicho a usted eso papá, pero es verdad.

Fernando procuró hacer memoria y recordó que quien le había dicho que no sabía coser era Gregorio.

—Pues bien, va usted a sufrir mucho antes que pueda cambiar ese vestido de luto.

—No importa, lo he prometido, y sólo que usted no quiera, no dejaré de cumplirlo.

—Yo deseo que haga usted en todo su gusto, especialmente, porque cada vez me convenzo más de que tiene usted excelente juicio.

Antonia se sonrió con tal agrado que la hizo parecer hermosa, y luego dijo:

—Pues deseo que venga una modista para que me enseñe a cortar y a coser.

—Será usted complacida, y yo mucho más. Pero me ha dicho usted que ha pensado anoche en muchas cosas, y desearía saberlas, si no hay inconveniente.

—Todas, todas, voy a decírselas a usted.

—Pues ya escucho.

—Primeramente supuesto que es usted mi padre, debe hablarme de tú.

—Concedido.

—No he de llevar mucho orden en lo que tengo que decir; pero en lo sucesivo yo procuraré ser ordenada, en todo.

—Perfectamente.

—Yo no debo continuar en este hotel, en primer lugar porque debe ser muy caro, sirven unas cosas excelentes que no se han hecho para los pobres; y en segundo lugar, porque, cuando uno tiene su padre debe vivir con él.

—¿Y si esto no es posible?

—¿No es posible?, preguntó muy alarmada Antonia, y exclamó luego como herida de un pensamiento doloroso. ¡Qué desgraciada soy por efecto de mi propia necesidad! ¡Hasta ahora no había pensado que usted tuviese otra familia que acaso me rechazará!

—Antonia, tranquilícese usted, pues no es ese el motivo.

—¿No es ese el motivo? ¡Ah! bendito sea Dios, porque ya se me había caído el gozo en el pozo... Y supuesto que no hay tal inconveniente, y como un padre que no tiene otros hijos debe tener confianza en su hija, dígame usted por qué no puedo ir a su lado, a las piezas

bajas de su casa, con los criados si es necesario, pero con la facultad de verlo aunque sea por un momento todos los días, cuidarlo cuando estuviere enfermo, y defenderlo con mi vida, si por desgracia llegare a verse en un peligro.

—¡Adorable criatura! ¡Cuánta felicidad derraman en mi corazón tan dulces palabras!

—¿Con que iré a vivir a la casa de usted?

—Óigame usted Antonia.

—¡Cómo óigame usted! ¿Y el tú que estaba ya concedido?

—Pues óyeme Antonia, porque así lo quieres, y sabe que mi vida está amenazada de terribles azares, y me sería muy doloroso el ver que en mi desgracia quedabas envuelta.

—¿Hay peligro? ¡Oh, qué felicidad será luchar con él, especialmente si se sucumbe salvando a la persona que se ama! Horroroso es ser vencida por la impotencia, por el anonadamiento, por la miseria; pero la lucha es un bien supremo que aumenta nuestras fuerzas y nuestros goces.

—Parece que a nada tienes miedo.

—Al lado de usted padre mío, a nada, absolutamente a nada; ¿no soy un muerto a quien han vuelto del sepulcro? No vacile usted, cualquiera que sea el riesgo que haya en vivir a su lado, yo sabré mostrarme digna de él y de usted.

—No puedo resolverme hoy mismo; lo pensaré y dentro de breves días te responderé. Dime en qué otras cosas has pensado.

—En no casarme mientras usted sea solo.

—En esto como en todo, harás tu gusto, y yo siempre seré tu padre.

—He pensado también en la necesidad de educar a estos niños; y de darles oficio o carrera según sus aptitudes.

—Luego que estés en tu casa los mandaremos a la escuela.

—Repasaré la aritmética y me ejercitaré en escribir, para ayudar a usted en algo.

—¿Sabías ya la aritmética?

—Sí señor, en un certamen me dieron el premio de cuentas, aprendí en muy poco tiempo todas las que trae el Urcullu en su catecismo comercial.

Antonia siguió refiriendo otros arreglos de menos importancia que había proyectado, mientras que Fernando permanecía en una meditación profunda.

—¿Qué ya no me oye usted papacito?

—Sí, dime ¿qué harías si te pusiese al frente de una negociación en que se manejasen muchos fondos, teniendo que habértelas frecuentemente con personas duras y de mal corazón?

—Las tendría a raya y haría que cumpliesen todo lo que usted me ordenase.

—¿De veras?

—No lo dude usted.

—¿Y si por ser mujer, te tratasen con menos respeto, procurando siempre engañarte?

—Sólo deja de ser respetado el que es indigno de que lo respeten, y al que quisiera engañarme, si llegaba a descubrirlo, lo haría apalear por mis criados.

—Pues bien, yo no te llevaré a mi casa; pero voy a asociarte a una grande empresa en que me ocupo noche y día. Para que en ella me ayudes eficazmente, aunque para mí serás siempre mi hija, ante el público aparecerás como enteramente extraña. Tomarás tu primer apellido y te tratarás como una joven independiente, dueña de una fortuna considerable alcanzada en la gran lotería de La Habana.

Algunos meses después de esta conversación, Antonia se miraba al frente de un gran cajón de ropa, en una de las calles de La Monterilla, del que se contaban con elogio varias particularidades, pues se aseguraba que había en él una gran existencia de especies metálicas y que allí se cambiaba con menor premio que en otra parte el oro por plata y la plata por oro, cualquiera que fuese la cantidad; que los géneros eran baratos y de excelente calidad, y que nadie salía de él descontento por el buen modo que empleaban con toda clase de marchantes, *las dependientes*, pues eran mujeres; finalmente, que por esta circunstancia habían querido robar la negociación unos bandidos, alquilando las piezas del entresuelo que caían sobre el cajón, por cuyo techo se habían descolgado horadándolo, pero que descubiertos afortunadamente, las dependientes se habían defendido con mucho valor, disparando algunas armas de fuego, en cuya ocasión la dueña de él, que según se decía había puesto aquella negociación con el gran premio que se había sacado en la lotería de La Habana, había mostrado un ánimo enteramente varonil.

Don Fernando Henkel solía hacer en el cajón, que empezaba a llamarse de las mujeres, algunas compras y visitaba muy de tarde en tarde a la propietaria, y aunque el almacén de máquinas que tenía el primero llevaba con el cajón cuentas muy considerables, en el libro



correspondiente que manejaba únicamente la dueña, sólo aparecía el nombre de don Abundio Torres. Éste, por su parte, ya no se quejaba del mal estado de su caja como lo había hecho seis meses atrás con su principal, en razón de que ya estaba cubierto el saldo que aparecía en un principio contra el padre don Luis.



5. LAS CARTAS DE FERNANDO AL PADRE DON LUIS

Tiempo es ya de dar conocimiento a nuestros lectores de varias contestaciones remitidas al fundador de la Nueva Filadelfia, por su íntimo amigo Fernando, lo que antes no habíamos podido verificar, empeñados en referir los sucesos que acontecieron luego que llegó este último de California. Indicaremos desde luego que el estado de ruina en que halló su casa le dio el último impulso para poner en práctica una empresa que había meditado por mucho tiempo, desde que el vicario le había dicho en la última noche que pasó en Tepepam: *“Fuerza a la ciencia para que ponga a tu disposición nuevos elementos de poder y te enseñe recursos de una acción pronta y vigorosa, y vamos a fertilizar los inmensos terrenos con que nos brinda nuestra patria”*.

Desde entonces se había persuadido de que necesitaba apoderarse de algún elemento muy influyente en la sociedad para que su consagración a las clases desvalidas produjese resultados sensiblemente benéficos, y no viese esterilizar sus deseos y sus grandes proyectos en la impotencia. Luego que estuvo unos dos meses en el terreno escogido para la Nueva Filadelfia, levantando los planos necesarios y calculando el desarrollo natural de aquel establecimiento, percibió muy claramente que para dar al ensayo de mejora social que se intentaba todas las condiciones necesarias de buen éxito, era indispensable contar con mayores recursos, y a fin de proporcionarlos, había marchado a California, de cuya riqueza comenzaba ya a hablarse entonces. Sus previsiones habían empezado a confirmarse, porque la falta de pago de la última letra de cincuenta mil pesos, en cuenta de la cual había hecho sus libramientos el padre don Luis, hubiera causado un trastorno irremediable en la Nueva Filadelfia, si el maquinista no hubiera hallado el modo de suplir tal desfaldo, aun sin decirle a su amigo el gran riesgo que había corrido, pues juzgaba indispensable no debilitar el ardiente entusiasmo de aquel obrero evangélico, comunicándole cualquier con-



tratiempo, que forzosamente limitaría el ensanche prodigioso que continuaba dando a la asociación.

Mejor que referir las elevadas miras del que antes era pobre maquinista, nos parece darlas a conocer con sus propias expresiones en las cartas que dirigía a su amigo. La primera decía así:

Núm. 1

Señor bachiller don Luis...

Sayula. México, septiembre 23 de 1847

Amado hermano:

Te escribo bajo una impresión dolorosa y voy a hablarte luego de... Rosita. ¿Podría dejar de hacerlo cuando trazo estas líneas en los mismos aposentos que ella habitaba con su padre en tiempos más felices para todos? ¿Podría no comunicarte a ti, mi único amigo, el espanto que me causa considerar la inestabilidad de la fortuna, que ha arrojado a la más bella criatura a la miseria con sólo haberla privado de la solícita protección de su padre, pues el señor Dávila ha muerto hoy hace precisamente nueve días? Y bien, yo que inesperadamente y por razones que a su tiempo te explicaré, ocupó la que antes fue casa de Rosita; yo que he recogido detallados informes acerca de la indigencia en que esta persona tan amada debe hallarse, yo que he venido a encontrar en algunas piezas de esta casa como restos mortuorios y de absoluta destrucción, fragmentos despreciables y sin valor de un lujo que me deslumbraba, de una opulencia que formaba una invencible barrera a mi amor, nada, absolutamente nada puedo hacer por la infeliz huérfana, al menos hasta estos momentos, porque no tengo dato ninguno que pueda guiarme hasta la triste morada en que al presente llora; yo para quien el oro se ha vuelto familiar desde que llegué a California, pues he traído de esta dichosa región más de mil marcos; yo que daría la vida por Rosita, no puedo hacerle el más ligero presente porque la Divina Providencia ha dispuesto, según parece, que entre ella y yo sea igualmente un obstáculo que impide acercarnos la miseria que la opulencia. Perdona este desahogo, querido hermano, compadéceme, y si te es posible ámame mucho más, porque siento un gran desaliento al contemplar que casi llego al término en que esperaba por galardón de mis afanes ver feliz a mi lado a Rosita, y como si el cielo quisiera castigarme de mi osadía, no sólo me niega la dicha de partir con ella mi riqueza, pero ni aun el consuelo de participar de sus aflicciones y hacerla conocer todo el cariño que la tengo...



Extraña introducción es por cierto para contestar tus interesantes cartas que he recibido juntas al principio de este mes en Acapulco. Terminaré por lo mismo aquí la presente, pues mi principal objeto después de avisarte mi llegada es decirte que aunque estén ya consumidos los doscientos mil pesos que fray Evaristo tuvo a bien señalar para la asociación, a cuya formación te has consagrado, te ruego, y en calidad de director te amonesto muy seriamente, para que no dejes de librar contra mi casa las cantidades que acaso puedas necesitar todavía, pues con tal fin te hago saber que estoy rico (tú me perdonarás la vanidad que uso solamente contigo), y me sería fatalmente sensible que no empleases todos mis recursos en el adelanto y perfección de la Nueva Filadelfia, hacia donde se dirigen incesantemente todos mis esfuerzos, en donde tengo vivas todas mis esperanzas.

¡Adiós, Luis! Pídele al Todopoderoso me mande el consuelo que necesito, y que permita pronto el ir a reunirse contigo a tu hermano y verdadero amigo.

Fernando Henkel

Debemos advertir únicamente respecto de la carta que precede, que a la fecha en que fue escrita aún no estaba cubierta la cuenta del padre don Luis, y que el considerable déficit que por esta causa había en la caja, y los grandes compromisos que por tal motivo se habían ocasionado, hacían repetir casi todos los días a don Abundio rascándose un poco la cabeza ila casa va a quebrar indubitablemente! ¡Verdad es que siento la pérdida de la mitad de utilidades que me había asignado el señor don Fernando; pero mucho más siento desde ahora su deshonra!

Núm. 2

Señor bachiller don Luis...

Sayula. México, octubre de 1847

Amado hermano:

Si no comprendo mal el espíritu de tus cartas, las que desgraciadamente se me han perdido no sé en qué parte del camino, y te ruego me las dupliques, te has propuesto al establecer las nuevas bases de la asociación los siguientes grandiosísimos objetos:

1º Infundir en los pobres trabajadores del campo, de las fábricas y de los varios llamados oficios que no son sino ramas del árbol de la industria, a

cuya sombra únicamente pueden prosperar las naciones, la seguridad de que no les faltará la subsistencia mientras sean honrados, mientras fueren hombres de buena voluntad.

2° Que por esta seguridad bendigan, y no maldigan, como ahora lo hacen muchos, el día en que nacieron y aun aquellos en que nacen sus hijos.

3° Proporcionar a éstos una educación física y moral que comprenda el desarrollo de fuerza de que sea capaz cada individuo, destreza para emplear esta fuerza, adquisición de conocimientos en los ramos que hasta aquí se han llamado de primeras letras, instrucción secundaria en algunas ciencias exactas para los que mostraren aptitud, y para todos una estricta moralidad, una piedad sólida exenta de supersticiones y la práctica constante de la mutua caridad; todo esto en medio de continuos ejemplos que les hagan familiares y necesarios el orden y la equidad, sin presenciar como ahora lo verifican a cada paso los niños de nuestras ciudades y pueblos, escenas desgarradoras de violencia, de injusticia y casi a todo momento de inmoralidad, en sus propias familias o fuera de ellas.

4° Cuidar del desarrollo oportuno y natural de todas las otras facultades del individuo, que no se comprenden en la primera educación ya sea hombre o mujer, niño o adulto, facilitando a éste los medios de suplir la imperfectísima educación que desgraciadamente recibe en nuestros infelices pueblos.

5° Hermanar las justas aspiraciones de todo hombre hacia su adelantamiento individual y el de su familia, con el interés de otros hombres y de otras familias, hasta el grado de que sienta toda calamidad ajena, como si fuera propia, y para que cuando su corazón exento de esa perversidad que los opresores del género humano han querido hacer creer que es innata en éste, y que no proviene sino del desorden social, experimente las gratas sensaciones de la simpatía, de la amistad, del amor y el arranque sublime de la caridad, ni se vea contrariado por las malas pasiones de otros hombres, ni el vil interés o la cruel necesidad que mata tantos preciosos gérmenes, vengan a dar una extraviada dirección a las más nobles facultades del hombre, que son sin duda aquellas en que se ve impulsado de lo que llamamos sensibilidad en todas sus interesantes variedades.

Pasando de las ventajas de cada individuo que forzosamente redundan en bien de la asociación, al movimiento general que la humanidad tomaría hacia el verdadero progreso que justamente desea, busca y necesita, si se reformara convenientemente la base elemental de las grandes reuniones de hombres, si se estableciera el *embrión municipal*, teniendo por mira no una vana teoría política sino la justicia y equidad para todos y el bienestar común; estos nuevos núcleos de poblaciones se asegurarían por su misma

organización contra la *absorción de los grandes propietarios territoriales* que cada día quisieran tener más terrenos y pagar menores jornales; contra la *absorción de los comerciantes al menudeo* que están siempre atisbando el momento de mermar la mercancía o de aumentar su precio, y que prestan numerario y efectos con grandes y seguras ganancias, y en fin contra la *absorción del comercio extranjero*, que ha hecho a los mexicanos tributarios de las fábricas de Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, como lo éramos de la España antes de nuestra independencia.

Tenemos abundantes recursos naturales en la agricultura, en la minería, y mucho promete nuestra naciente industria fabril; pero todas estas fuentes de prosperidad van cayendo como en la vieja Europa, o están desde mucho tiempo en manos de los monopolistas, es decir, que son especulaciones cuyas ganancias no se reparten entre los trabajadores. Es fácil conocer que las malas consecuencias de los monopolios las reportamos todos, porque suponen la apropiación de una gran parte de los productos hecha a favor del que no ha intervenido en la producción. Por lo mismo, todo lo que sea disminuir directa e indirectamente esta injusta distribución de los frutos del trabajo, haciendo que participen con mayor equidad todos los que real y verdaderamente concurren a la producción, *es el verdadero progreso social* y todo lo que sea obrar en contra de tal principio marca el retroceso.

En pos de los grandiosos objetos que quedan detallados y otros análogos que llenaban nuestras conversaciones en Atoyac, hacen todos los hombres y todos los pueblos esfuerzos, más o menos prolongados, pero frecuentemente infructuosos, y por el mal éxito que hasta ahora generalmente se obtiene en los ensayos que todos solemos emprender en lo particular, especialmente siendo jóvenes, es por lo que desde esta edad comenzamos a quejarnos de amargas decepciones, y por lo que se llama a este mundo *valle de lágrimas*, cuando bien considerado nada hay en él que pruebe que Dios le ha formado para que nos atormentemos. El hecho es éste, convengo: en lugar de la paz hay guerra, en lugar de la caridad hay odio; pero observando bien, se convence uno fácilmente de que los males de que con razón nos quejamos vienen casi siempre de nosotros mismos, mientras que la divinidad incesantemente envía a raudales el agua para la fertilidad de los campos, el aire para la vida de los animales, la luz para la hermosura de lo creado, y sobre todos éstos y otros muchos dones naturales, esas elevadas aspiraciones de la Humanidad que la salvan de sus propios descarríos, que nos hacen presentir otra vida de justicia y de perfección, cuya imagen nos sigue a todas partes, como un tipo que todo hombre con más o menos ardor e inteligencia quisiera siempre realizar.

El mérito principal en materia de adelanto social consiste en acumular probabilidades en favor de esa reforma cuya necesidad sentimos todos, facilitando los medios de ejecución, señalando escollos en que fracasan las buenas intenciones, y si cabe, el modo de evitarlos con toda seguridad. Éste es precisamente el camino que vas siguiendo con notable firmeza, querido Luis, por ello me permitirás que sin que se sobresalte tu modestia, me enorgullezca en llamarme tu hermano.

Cuando tu obra llegue a obtener todo el desarrollo que debe adquirir, y los pueblos vecinos a la Nueva Filadelfia palpén la felicidad que en ella disfrutaban los colonos, todo el trabajo de aquéllos se reducirá, si quieren adelantar, a imitar lo que tú has logrado ya establecer.

Para todas las calamidades no naturales de que siempre son víctimas los pueblos, existe un remedio que generalmente han desdeñado por ignorancia o por otras causas que no son sino variedades del mismo mal, cuyo remedio se reduce a una sola palabra: *asociarse*.

Aisladas unas de otras las familias, aunque en aparente concentración, necesitan considerables recursos para una regular comodidad, y como muy pocas pueden proporcionárselos, resulta forzosamente que la mayor parte de ellas soportan lo que suele llamarse una mala suerte, y que frecuentemente no viene a ser sino un efecto necesario de muchos desórdenes sociales que ellas no han causado, ni pueden aisladamente remediar.

Cualquiera que sea el ramo de producción que se tome para servir de ejemplo, siempre se encontrará probado que el pobre, es decir, la casi totalidad de la especie humana se sacrifica al rico; que el producto, esto es, el conjunto inmenso de valores creados, lo adquieren los empresarios con sólo la anticipación de las primeras materias, y de las subsistencias que necesitan los trabajadores, renunciando éstos [a] su carácter natural de socios; y que el numerario que es solamente signo de la riqueza, y cuando mucho una riqueza mínima en sí misma, se sobrepone en importancia a todos los otros valores, ya consistan en producciones naturales o artificiales.

A estos males que por todas partes se ostentan y se hacen sentir bajo mil formas, los ayuntamientos que encierran verdaderamente el germen de todas las mejoras socialistas, no han puesto el más ligero correctivo. Ven por ejemplo que un anciano cargado de años y familia no siembra su pequeña tierra por falta de semilla, de bueyes y de aperos, y como si el estado de sociedad no fuese para proporcionarse los hombres mutuos auxilios, abandonan a aquel desgraciado y a otros muchos que están en su caso a una evidente miseria. ¿Por qué, pues, esas corporaciones no han

pensado en adquirir, para que sirvan temporalmente a los pobres, esos indispensables objetos que tanto les ayudarían a sobrellevar la vida?

Llega la época de la cosecha y casi no hay labrador en pequeño que no la enajene, al menos en parte, antes de recogerla, para ocurrir a los gastos que demanda; y sin embargo de que estas ventas anticipadas y por mayor anuncian que se prepara el monopolio, y consiguientemente la alza de precio en las semillas de primera necesidad, en beneficio de algunos pocos, los ayuntamientos no piensan proteger a la población auxiliando a los agricultores en pequeño que quedan a merced de los capitalistas.

Pero no solamente los agricultores en pequeño sufren la tiranía de los capitalistas, sino que la sufren también los grandes hacendados por sólo el abandono de no constituirse los propietarios de un partido o distrito en SOCIEDAD DE CRÉDITO CON LA HIPOTECA DE SUS PROPIEDADES, a fin de dar innegable valor en la plaza a los vales que por la misma sociedad se emitirán. Y así, en el caso de que un agricultor en grande escala tuviese necesidad de recursos para hacer frente a una calamidad inesperada, o para emprender alguna mejora de consideración, no saldría a mendigarlos ofreciendo la aislada garantía de sus bienes, sino que pediría a la sociedad un vale que negociaría en la plaza con un corto descuento, siendo responsable la *sociedad de crédito* con hipoteca especial de sus bienes, de la cantidad que se le entregase en papel, por el plazo de un año, y con un interés menor que el legal, el cual bastaría para que se cubriesen los gastos de la sociedad y aun dejaría algún fondo para objetos de beneficencia común, como construcción de puentes, mejora de caminos, etcétera.

Finalmente, y para no pasar los límites de una carta, te anunciaré la opinión que he formado de lo muy perjudicial que es a los pueblos la manera con que actualmente se hace el comercio, la cual me ha venido de una de las prevenciones que contiene el reglamento de la Nueva Filadelfia, en que se manda que el comercio de objetos que la asociación no suministra, se haga por cuenta de la misma, porque indudablemente con sólo permitir a alguno en particular de dentro o fuera de la asociación que establezca el comercio por cuenta propia, desde el primer año se vería que ganaba incomparablemente más que muchas familias, y que a larga absorbía la riqueza de todas ellas. Y si este resultado se experimentaría en la Nueva Filadelfia, donde el empleo y repartición de los productos son tan ordenados y equitativos, ¿qué sucederá con nuestros pueblos, en donde no reciben las familias objeto alguno de consumo que no venga por terceras manos? La escala social queda ya con lo dicho en perfecto relieve. La agricultura, que es la fuente de grandes riquezas y el más sólido apoyo de las naciones,



produce por cada hombre acomodado cien pobres más o menos; el comercio interior empobrece a los acomodados y esquilma a los jornaleros; el exterior, en fin, pone a fuerte contribución a los pequeños comerciantes, que no son verdaderamente más que sus dependientes, desarrolla el lujo y da pábulo a la vanidad, se hace al fin insolente con la nación que le da abrigo, y emplea los cañones de las naciones de que procede, para humillar a aquellos que consumen sus géneros y sus baratijas, les quita sus naturales riquezas, dándoles en cinco lo que vale uno y casi siempre acaba por robarles su independendencia; itodo esto se llama civilización! ¡Y de esto se envanece el siglo XIX!

Se me dirá: el comercio interior es necesario, y las grandes ventajas que la especie humana reporta del trato que entre sí tienen las naciones, lo hace igualmente indispensable. Concedido, ¿pero ha cuidado cada pueblo de garantizarse contra una absorción indefinida de parte de sus negociantes? ¿Han previsto nuestros gobernantes, y han establecido las garantías suficientes para que el comercio extranjero deje de ser como lo es ahora absolutamente ruinoso a los nacionales? Y volviendo al interior de nuestras poblaciones ¿se ha pensado siquiera en el modo más expedito de librarlas de los funestos efectos de la concentración actual de la propiedad territorial, siquiera para que no se aumente, y para dar lugar a la esperanza de una mejor distribución, aunque sea en un lejano porvenir?

Deseaba someter a tu ilustrado examen algunas ideas que me han ocurrido al hacerme las anteriores preguntas; pero esta carta es más larga de lo que esperaba.

Hasta ahora no he tenido noticias algunas de Rosita; ¿habrá salido de México? ¿Tendrá los recursos necesarios? ¿Se habrá casado? Tales son las indagaciones que deseara practicar, pero nada adelanto en ellas porque no puedo hacerlas por mí mismo, y no debo absolutamente confiarlas a nadie mientras ignore cómo recibiría la misma Rosita mi empeñosa solicitud.

Hazme favor de saludar a tu buena madre y de felicitar a Laura por sus adelantos, diciéndole que espero los tendrá todavía mayores por su aplicación.

No he recibido carta tuya desde mi venida, y por esto queda con cuidado por tu salud, tu verdadero amigo.

Fernando Henkel



Núm. 3

Señor bachiller don Luis...

Sayula. México, diciembre 5 de 1847

Amado hermano:

No sé cómo he podido demorar unos días sin decirte que tengo ya una hija, o más bien tres hijos; sí, Luis, itres hijos a un tiempo!

Es el caso que estando una mañana revisando la cuenta que don Abundio ha llevado con la Nueva Filadelfia, entró al almacén una joven vestida de luto, en quien de pronto no puse atención alguna, absorto como estaba en aquella operación, y si te he de confesar toda la verdad, por esa indiferencia que habitualmente contraemos los que vivimos en México hacia las quejas que tan repetidamente nos asaltan en las calles o en nuestras casas, de personas que vienen a referirnos sus sufrimientos verdaderos o falsos. Unas veces es un militar mutilado o enteramente sano, que nos comunica que se halla en la miseria por la persecución del gobierno y que carece aun de lo necesario para dar sepultura a un hijo que se le ha muerto; otras una señora viuda que tiene muchas niñas expuestas a mil riesgos por carecer de lo necesario, y con multitud de causales se tiene que sufrir el aspecto terrible que imprime la miseria en sus víctimas. En la ocasión de que te hablo era una joven que con voz clara, aunque con semblante enrojecido tal vez por haber llorado, me dijo que era hija de un militar que había muerto en defensa de la patria, y que no tenía ella para alimentar a sus pequeños hermanitos. Por librarme de la que en aquel momento me importunaba, encargué a don Abundio le diese un corto auxilio; ¿pero cuál sería nuestra admiración, cuando en lugar de darnos las gracias, se acercó la joven a decirme con un tono firme, aunque entrecortada a poco la voz por las lágrimas “*que había cumplido ya, ocurriendo en su miseria a los ricos, que de éstos había recibido una mezquina limosna y que iba a consumirla con sus hermanitos; pero que me hacía saber que jamás volvería a pedirla*”? De pronto casi me incomodó la especie, pero a poco encargué a Gregorio que siguiese a la joven y me trajese las señas de su casa. Las noticias que me dio mi criado, aunque poco tenían de particular, picaron mi curiosidad, y aumentaron un pequeño remordimiento que la amenaza de aquella joven me había causado. Al principio me dije lo que en tales casos creo que dicen todos “*que haga lo que quiera; yo no la he causado su desgracia, ni estoy obligado a dar lo que tengo a todo el que venga a contarme que se muere de hambre*”. Durante el día volvió mi pensamiento muchas veces hacia aquella joven, que de paso te diré no es hermosa, y algo había dentro de mí que me inquietaba y que me

repetía: “*si eres cristiano no debes considerarte sino como administrador de los pobres respecto de los bienes considerables que ya posees*”. “*Has reconocido el principio de hacer con los otros lo que quisieras que hiciesen contigo, supuesto que has dado a esa pobre una limosna; sabes que no volverá a pedirla, puedes remediar su situación muy fácilmente, y sin embargo la dejas morir*”.

Haciendo un esfuerzo mi egoísmo se hallaba dispuesto a replicar: “*que vuelva a pedir y yo la daré*”, mas luego me preguntaba a mí mismo: “*¿tiene obligación de pedir de nuevo? ¿Esperará hallarme siempre dispuesto a socorrerla? Y sobre todo, no se trata de lo que debe hacer ella, sino de lo que debo hacer yo*”; si ella y sus hermanitos mueren de miseria, ¿quedo yo sin responsabilidad alguna, pudiendo fácilmente librarlos de ella, consolarlos, y aun establecerlos para algún tiempo? ¿Cómo es que me quedo tranquilo diciéndome “*yo no la he causado su desgracia*”?

En aquellos momentos me vino a la memoria la explicación que me hiciste una vez en la vicaría acerca de la excelencia del cristianismo sobre toda otra religión: “*Advierte —me decías— que no solamente serán echados de la presencia del Señor los grandes criminales, sino que serán arrojados a la desesperación, aniquilados por la maldición de Dios, renaciendo siempre para el dolor, los que pudiendo hacer bien a su prójimo no lo hicieron, a quienes dirá Jesucristo: he tenido hambre y no me habéis dado de comer; he tenido sed y no me habéis dado de beber; id malditos de mi padre a llorar para siempre*”.

Impulsado por este recuerdo pasé a ver a Antonia, así se llama la joven, y la encontré rezando con sus hermanitos. Desde luego me llamó mucho la atención que sin gatzmoñería, sin miedos ridículos de recibir a un hombre solo, y sin ostentación de miseria, pues ésta tiene también su vanidad, me abriese las puertas de su casa, en la que pude palpar que su situación era de lo más desgraciada. Le manifesté entonces mi disposición de darle lo necesario para un pequeño giro, y ella no pudiendo mostrarme de otro modo su agradecimiento, añadió a su nombre mi apellido; o más bien el de mi padre adoptivo. Esto me hizo pensar que no podría honrar mejor la memoria de aquel virtuoso herrero que me salvó del abandono en que como te he dicho quedé por haber sido cogido de leva mi verdadero padre, que transmitiendo el nombre que aquel me había dado a otras criaturas tan desvalidas como yo.

En los días que inmediatamente siguieron a mi primera entrevista con Antonia, he podido convencerme de que tiene talentos naturales poco comunes, enteramente descuidados, y una energía de carácter que involuntariamente impone. En poco tiempo se ha perfeccionado en la aritmética, porque la he significado el deseo que tengo de que sepa llevar los



libros de una casa, y a la vez ha mejorado mucho su forma de letra, que desde antes era muy regular.

El acendrado cariño que me tiene, el carácter varonil que manifiesta y el deseo que la consume de manifestarme su adhesión y agradecimiento, me han decidido a confiarle la dirección de un establecimiento comercial que ya me era urgente, y con el cual dará complemento al trabajo que me he impuesto para ser verdaderamente útil a la Nueva Filadelfia, en cualquier contratiempo. Algo te dije de este pensamiento antes de marchar a California, y si ahora te lo recuerdo, aunque entonces fue solamente una insinuación que no te pareció mal, es porque espero excuses mi larga ausencia de ese establecimiento, del que has tenido la bondad de nombrarme director.

Quedo no obstante tranquilo pensando que tú no faltas de él, y que nadie como tú mismo habrían llevado a tal grado de adelanto la empresa que hace más de un año nos ocupa.

Escríbeme porque llevo dos meses de estar en México sin recibir carta tuya, cuando sabes que tanto necesita, tus consuelos y tus inspiraciones, tu hermano.

Fernando Henkel



6. SAN SALVADOR EL VERDE

Era una mañana de enero de 1848. Muchas campanas por diversos rumbos de la ciudad de México anunciaban que era día festivo. Fernando, acompañado de su fiel Gregorio y de Walker, caminaba por las calles de Necatitlán. Walker, constante en su sistema de hacerse grato al primero, habiendo sabido que en algunos domingos salía a pasear un rato a caballo, había comprado un gran frisón,⁴ con el que obstinadamente se esperaba dentro del zaguán de la casa de Fernando, junto a la puerta de hierro que no se abría sino hasta la salida de éste, por más astucias que el yanqui desplegaba para entrar al patio, y aun para entablar conversación con Gregorio o con el cochero, únicas personas que solía divisar por la parte baja de la casa, y que le tenían al americano una decidida antipatía.

Cuando bajaba Fernando procuraba excusarse con él diciéndole en inglés:

—Mister, me causa pena encontrar a usted en la puerta... tal vez sería mejor que yo le mandase avisar los domingos en que salgo, por si quiere usted acompañarme.

—No, yo esperaré tranquilamente aunque sea todo el día hasta que usted me mande avisar que no sale; los criados no me quieren y por esto no abren la puerta, pero no importa, yo esperaré, pues tengo mucho gusto de acompañar a usted.

En aquella mañana, notando el maquinista que salían de las calles de Necatitlán y de varias callejuelas adyacentes muchas gentes del pueblo, pobre pero limpiamente vestidas, y que entraban por un callejón que está a la derecha al terminar dichas calles, preguntó a Gregorio:

—¿Dónde irán estas gentes?

—A misa, señor amo.

⁴ Dícese de los caballos que vienen de Frisia o son de aquella casta, los cuales tienen muy fuertes y anchos los pies (DRAE).

—¿Pues qué iglesia hay en este arrabal?

—San Salvador el Verde: ¿no ha oído su merced que está llamando una campanita hace mucho tiempo?

En efecto, el eco agudo y sonoro de una campanilla se extendía a gran distancia, avisando que iba a empezar la misa del barrio. Las madres de familia habían dado la última peinada al pelo rebelde de los chicuelos; el hombre del pueblo echándose el sarape sobre el hombro izquierdo, dejando intencionalmente ladeado el sombrero poblano; una que otra criadita luciendo las enaguas de gros y el chal de seda, se apresuraban por ir a tomar lugar en la bien reducida capilla de San Salvador el Verde.

Pocos son los vestigios que quedan en las cercanías de ésta para que pueda colegirse, como parece indicarlo su nombre, que haya sido un barrio ameno. Tras de la iglesita se extienden unos grandes potreros siempre verdes porque son pantanosos; y en ellos se divisan algunos sauces formados en líneas. En las calles de Necatitlán uno que otro árbol antiguo de alguna casa baja, y una pequeña huerta que se ve a la derecha, es todo lo que constituyó el verdor de aquel barrio. Las dos calles que ahora están unidas y forman una sola, perennemente inundadas de agua fétida y cenagosa, no ofrecen sino unos pobres edificios, bajos, de un solo piso, y en lo general bastante antiguos, alumbrados en todo tiempo por un radiante sol.

Instruido Fernando de que iba ya a comenzar la misa, propuso a Walker que pasasen a la capilla para oírla, lo que aceptó el americano sin dificultad. Cuando llegaron al pequeño cementerio que rodea el frente de la capilla, vieron que se hallaba repleta, y que la gente se había formado para oír la misa, hasta en el cementerio.

Fernando y Walker se acercaron a la puerta de la capilla más bien con el deseo de divisar algo de ella, que de asistir a la misa, que desde allí no podían ver, porque se los estorbaba la mucha gente. Una anciana que llevaba en la mano un plato de metal, dijo con voz como de mando, dirigiéndose a los que ocupaban el primer lugar, cerca del quicio de la puerta:

—¡Vaya señores! hagan ustedes un lugar a estos caballeros, no se diga que cuando viene a nuestro barrio la gente decente, no sabemos tratarla.

El pueblo de México, que es sin duda el más dócil del universo, obedece hasta la orden de una pobre vieja; y así en esta vez, los que ya estaban colocados proporcionaron a Fernando un ancho espacio para que pudiese cómodamente oír la misa, pero luego que vieron al yan-



qui que quiso acercarse, se apretaron unos contra otros, echándole miradas amenazadoras en las que Walker fingía no reparar. La misma anciana luego que vio colocado a Fernando, pasó delante de él su plato, diciendo en voz alta, aunque sin dirigirle la vista:

—¡Para la misa que se está celebrando, por el amor de Dios!

Fernando echó en el plato un peso duro, que fue a colocarse con mucha distinción al lado de los tlacos de cobre con que habían contribuido los pobres.

Concluida la misa y después de haber salido alguna gente de la capilla, Fernando hizo señas al americano para que entrasen, llevado del deseo, como artista, de examinar los cuadros y los santos de bulto en que abunda aquella iglesita, y con la idea de que viendo entrar al yanqui tuviesen los del barrio intenciones más pacíficas, pues no se le habían escapado las miradas amenazantes que a éste le dirigían desde que llegaron. Ambos se colocaron en el rincón de la derecha que por la sombra que sobre él proyectaba una de las hojas de la puerta, estaba oscuro respecto del cuerpo de la capilla; desde este lugar miraban sin ser vistos a todos los que iban a tomar agua bendita, porque la pequeña fuente a que acudían se halla colocada en medio de la capilla, pegada al muro de la derecha. Ya había salido casi toda la concurrencia, y Fernando se disponía a hacer lo mismo cuando vio sin querer dar crédito a sus ojos la figura imponente y esbelta de una mujer que tomaba agua bendita sacando una mano como si fuera de alabastro, perfectamente contorneada; iluminada de medio perfil presentó a la vista de Fernando la figura pálida de Rosita con sus ojos que parecían más negros y brillantes, con su pelo corto, pues lo había perdido en la fiebre que había sufrido, lo que daba una grata extrañeza a su fisonomía, porque en las hermosas todo queda bien.

Fernando, cual si viese un espectro terrible, evocado por el poder de un mago, cual si hubiera pasado repentinamente a la mansión de las sombras, permaneció sin movimiento, siguiendo con la vista a aquella mujer adorada, cuya interesante palidez se hizo todavía más notable, cuando salió a la parte más alumbrada del templo, y pudo reconocer en ella con el mayor dolor una expresión de profunda tristeza, y aun de abatimiento que estaba muy en armonía con el traje negro ya muy usado que llevaba, y un pobre rebozo que había sustituido a la lujosa mantilla que en mejores circunstancias acostumbraba usar.

No sabiendo qué hacer de pronto el maquinista se quedó inmóvil, discutiendo confusamente si la seguiría desde luego, aunque de lejos,

para informarse de su habitación, o si debía ir a ofrecerle su brazo y sus recursos. Se decidió contra este partido porque temía el orgullo de la joven, que se hallaría tanto más excitado cuanto más desgraciada fuese, y se resolvió a seguirla de lejos, saliéndose inmediatamente y con cierto apresuramiento de la capilla, sin acordarse de Walker que lo acompañaba y que había observado la profunda impresión que en el maquinista había hecho la joven, hasta que dirigiéndole a éste la palabra, creyendo sin duda congraciarse, le dijo:

—¡Mucho buena, mexicana!

Fernando por toda respuesta hizo un gesto de desagrado, pareciéndole que el americano profanaba su amor sorprendiéndolo, y se encaminó resueltamente a la puerta del cementerio para divisar por dónde había tomado Rosita, a quien según le pareció acompañaba Clara. Desgraciadamente en el mismo cementerio esperaban al maquinista unos herreros que lo habían visto entrar a la iglesia y que deseaban saludarle.

Apenas había dado algunos pasos cuando lo detuvieron formando una especie de semicírculo impenetrable.

—Buenos días, señor don Fernandito, fue diciéndole cada uno, apretándole la mano, que siempre les daba.

—¿Qué milagro, señor don Fernandito, que haya usted venido a este triste barrio?... le decía uno.

—Usted ya se ha olvidado de los pobres, añadía otro más atrevido.

—¿Por qué dice usted eso?, replicó con alguna impaciencia el maquinista, dando algunos pasos para romper el semicírculo que se oponía a su paso.

—Antes, dijeron varias voces, nos daba usted trabajo, nos enseñaba varias cosas; pero hoy no podemos ver a usted a ninguna hora del día, porque según dicen está usted muy rico.

—El yanqui abrió desmesuradamente los ojos, pero sin que nadie notase aquella manifestación, y volvió a quedar enteramente tranquilo.

—Vayan mañana, hijos míos, al almacén, a las ocho en punto, y verán como soy el mismo.

Los herreros comenzaron a despedirse y le abrieron paso al maquinista. Ya empezaba éste a andar de prisa, cuando uno de ellos, que no se había despedido, le dijo:

—Pero compadrito, ¿será capaz que pase usted cerca de nuestra casa sin que vea usted ni un ratito a su ahijada ni a su comadre?

Fernando detuvo el paso, volvió la cara, y reconociendo al pobre hombre que le hablaba, se acordó de que hacía unos dos años había ido éste a suplicarle llevase a bautizar una chiquita.

—¡Habrà crecido mucho, mi ahijada!

—Sí compadrito, ya corretea todos los días; véala usted, ahí la trae su comadre de usted.

Efectivamente se acercó a ellos una pobre mujer, trayendo a remolque una chicuela que tenía vergüenza de ver a su padrino. Fernando sacó un tostón de la bolsa, lo puso entre los dedos de la ahijada, diciéndole cariñosamente aunque violentándose mucho:

—Vaya para dulces.

—¿Qué no pasa usted compadrito, aunque sea un rato a esta pobre casa? Al decir esto la comadre había ya abierto la puerta de la casita.

—No, comadrita, estoy de prisa.

—Pero un ratito...

—Les prometo a ustedes que en la semana entrante los vendré a visitar.

En esta promesa había una verdadera súplica, y gracias a ella se vio Fernando libre de los compadres, de quienes se despidió a toda prisa, con la esperanza de divisar aunque de lejos a Rosita y a Clara, si por fortuna habían tomado la dirección que llevaba, que era la del callejón que desemboca a las calles de Necatitlán viniendo de San Salvador; pero ya era tarde porque cuando llegó a estas calles no distinguió a ninguna persona que tuviese semejanza con las que buscaba. A mayor abundamiento, no encontró ya los caballos en aquella esquina que era donde los había dejado, y pareciéndole que si los hubiese hallado listos habrían dado alcance a las jóvenes, lleno de mohína fue seguido de Walker hasta donde estaba Gregorio, sentado a la sombra en el poyito⁵ de un tendajón, teniendo en la mano los cabestros de los caballos.

—¿Por qué has traído hasta aquí los caballos?, le dijo Fernando con semblante iracundo.

—¡Ah! señor amo... por el sol... se estaban abrasando los pobres animales.

Fernando nada tuvo que replicar, subió en su retinto, lo sofrenó sin motivo y enojado el pobre animal comenzó a encabritarse.

—Mire señor, amo, ese caballo es muy delicado, no está hecho a esos tirones...

⁵ Banco de piedra cercano a la pared (DRAE).



Fernando despechado y lleno de vergüenza porque estaba obrando como un niño caprichoso, abandonó la rienda a su caballo y se cruzó los brazos. Gregorio para distraerlo, y con cierta malicia, que antes no había juzgado prudente manifestar, le dijo:

—Señor amo, si hubiese usted oído lo que decían de ese caballo...

—No estoy por oír sandeces.

—Pues unas señoritas que paseaban junto a mí...

Fernando comenzó a escuchar involuntariamente.

—Como no hacían ningún caso del pobre payo, pude percibir bien: ¡Qué hermoso caballo retinto!, dijo la más bajita de cuerpo a la señorita pálida y vestida de luto que iba con ella.

Fernando deseando no perder palabra detuvo con la rienda su caballo que se adelantaba.

—¡Quisiera montarme, contestó la señorita alta, en ese lindo animal e irme lejos, muy lejos, donde no volviera a oír hablar de México!

—Bueno, dijo entonces la bajita de cuerpo, yo te acompañaría en el alazán, que aunque no tiene adornos de plata y oro también es muy hermoso.

Gregorio omitió decir que al oír aquel elogio de su caballo en boca de la joven bajita de cuerpo, según el mismo la llamaba, había ofrecido el caballo y el jinete a la disposición de la joven.

—¿Y en dónde entraron esas señoritas?

Aquí, señor amo, en esta casa de La Palma: mire bien su merced es número 3.

El semblante de Fernando, ceñudo hasta entonces, manifestó una grande satisfacción.

—¿Y qué es lo que te movió a no perder de vista a esas señoritas?, preguntó con afabilidad el maquinista.

—En primer lugar, señor amo, se me ocurrió que su merced podría desear saber quiénes eran...

—¿Y por qué?

—Como su merced me hizo indagar el otro día dónde vivía aquella otra señorita enlutada...

Fernando echó una carcajada que acabó de volverle su natural buen humor.

—¡Según eso te ocupas de saber dónde viven todas las enlutadas!

—También tenía otra razón en este caso, señor amo.

—¿Sí?

—La chaparrita que acompañaba a la señorita pálida es mi conocida.

—¡Hola! ¿Dónde la conociste?

—En San Ángel; cuando su merced me mandó llevar aquel baulito que me parece era regalo para...

Fernando volvió a ponerse serio, miró al soslayo al americano, quien mostraba una completa distracción, y dijo a su criado:

—Está bien Gregorio, eres un excelente servidor; ya sabes que hace tiempo deseo recompensarte.

En aquel momento llegaban a la calle de La Monterilla a la casa de Antonia, donde acostumbraba apearse Fernando. Mortificado éste con la serie de desprecios que había sufrido el americano, y principalmente porque el gusto de haber hallado a Rosa lo había predispuerto a la bondad, invitó al yanqui ofreciéndole presentarlo a la señorita de la casa, en la cual después almorzarían.

Walker aceptó mostrando la mayor humildad.

Al subir la escalera, Gregorio los alcanzó, y quitándose el sombrero, cosa que no hacía sino rarísimas veces, llamó al maquinista.

—¿Qué quieres, Gregorio?

—Como decía usted que deseara recompensarme, yo quisiera... y se rascaba la cabeza con aire de tonto.

—Háblame con confianza.

—Quisiera casarme, señor amo.

—Yo seré tu padrino y haré el gasto que se necesite sin cargarlo a tu cuenta.

—Pero señor amo... yo quisiera...

—¿Qué otra cosa?

—Yo señor amo... no es por decir; pero usted sabe que lo he servido como si hubiera sido mi señor padre, y que cuando se ha ofrecido he estado siempre al lado de usted... ¿se acuerda usted en California?

—¡Pues no me he de acordar! siempre te has portado bien y con valor... aunque tienes una cabeza vizcaína y cuando no quieres hacer una cosa no la haces, con sólo decir que no entiendes, yo te conservo todo mi cariño; con que en este supuesto háblame con confianza y sin rodeos, que ya sabes me disgustan mucho.

—Pues señor amo, la verdad, antes de casarme, quisiera una tiendita.

—Muy bien, la traspasaremos, ahora dime si ya se puede saber, ¿quién es la novia?

—Doña Clarita, señor amo, la que iba con la señorita pálida, hace un momento; como esa niña se ha criado en casa grande no me ha de querer si no me mira de otro modo.



Fernando se sonrió al saber cuál era la verdadera causa de que Gregorio hubiese seguido la pista de las dos jóvenes.

Luego añadió con notable seriedad:

—Me parece que no has debido fijar tu elección en esa señorita.

—¡Ah señor amo, ya no puedo cambiarla!

—Pues bien, si no puedes variar tu elección, yo te ayudaré para que te cases, si es que puedes hacerte querer de Clarita.

—Veremos cómo se vence; pero dígame usted ¿por qué no le parece buena la novia?

—Clarita está llena de cualidades apreciables, según he podido conocer cuando visitaba la casa del señor Dávila; ella gobernaba toda la casa, y a fe que lo hacía muy bien.

Gregorio escuchaba a su amo abriendo tanta boca.

—Temo, continuó Fernando, que no se crea feliz contigo, y entonces tú no podrías serlo.

—¿Pero cómo señor amo? Llegando a ser doña Clarita mi esposa por la iglesia, todas las dificultades se acaban, principalmente ahora que va usted a comprarme la tiendita.

—Quieres tomar la plaza amagándola con baterías de pan, chocolate, velas, etcétera.

—Señor amo, esa niña no ha de querer casarse con un simple criado.

—¿Pero no adviertes que así se decidirá por tus baterías, especialmente ahora que está pobre, y que te despreciará cuando haya tomado posesión de la tienda? Yo quisiera que se casara con el pobre Gregorio, y después lo haríamos tendero.

—Como guste su merced; pero yo decía... su merced dijo... que le hablara con toda confianza... y...

Fernando reflexionó un momento, y no queriendo que el criado atribuyese aquel consejo al deseo de eludir la promesa de comprarle la tienda,

—Anda y tráeme a don Abundio, le dijo, ahora debe estar en su casa.

—Pero su merced ¿me dará la tiendita?

—Ya te dije que sí y también que seré tu padrino.

Lleno de satisfacción se fue el payo en busca de don Abundio, mientras que Fernando y Walker subieron la escalera de la casa en que habían entrado.



7. ANTONIA HENKEL

Mientras que hablaba Fernando con su criado, bajaron los niños a recibir a su papá llevándolo hasta el corredor en que Antonia, elegantemente vestida, disimulaba la impaciencia que le causaba el que éste tardase tanto, regando unas macetas, ocupación que dejó inmediatamente que oyó sus pasos en el segundo tramo de la escalera.

—Ha tardado usted mucho padre, le dijo, estrechándolo entre sus brazos.

—Sí, ha tardado usted mucho papá, repitió el más pequeño de los hermanos.

—Son apenas las nueve y media, contestó el maquinista mirando el reloj.

—Quiere decir que hemos perdido dos horas y media de la mañana que nos ha concedido usted, porque creíamos que llegaría a las siete, que en seguida nos llevaría al bosque de Chapultepec, y que al volver almorzaría usted con nosotros.

—Haremos esto último, dejando el paseo para cuando haya entrado la primavera.

—Demasiado adelantada está ya.

—Si apenas está concluido enero.

—Pues bien, vea usted La Alameda, todos los árboles se han revestido de nuevo; como usted casi nunca pasea, siempre trabajando tanto, que ya deberá estar enfadado, no sabe estas cosas.

Esta conversación se verificaba mientras pasaba Fernando de la escalera a la sala, sin acordarse para nada de Walker, que impasible caminaba en pos de aquel animado grupo como un fantasma, y al sentarse la familia en la sala se hizo forzosamente visible.

—Te presento, le dijo entonces Fernando a Antonia, a Mister Enrique Walker.

—El señor es... dijo Antonia dudando...

—Americano.

—De los que han venido ahora... en la invasión.

—Sí, pero se ha retirado ya, y desea ser mexicano.

A pesar de la recomendación de Fernando, Antonia miró al yanqui de un modo severo, sin ofrecerle cosa alguna. Walker, que no se cortaba por tan poca cosa, tomó un sillón y sin cuidarse al parecer de lo que hablaban, empezó a divagar su vista por los cuadros que había colgados en la pared, admirando después la hermosura de los muebles, cuya solidez se paraba a reconocer como si tratase de comprarlos.

—¡Qué elegante está tu vestido, Antonia! ¡Tú lo hiciste! ¿Cómo has tenido tiempo, pues sé que vives muy ocupada?

—No falta que hacer en el cajón, pero como no recibo visitas ni voy al teatro, me queda libre la noche para estas frioleras.

—Bien podrías ir al teatro ya que estás ocupada todo el día.

—Es necesario dar buen ejemplo a las dependientes y no ser desperdiciada. El teatro es entre nosotros, y quién sabe si en todas partes, más que diversión, motivo de ostentación y de ruinosísimo lujo para las señoras.

—Y, a propósito de las dependientes, ¿qué tal te va con ellas?

—Perfectamente, no hay cajón más aseado ni más virtuoso en todo México que el mío, y en ninguna parte queda el público más complacido. Aquí el precio es fijo, pues el regateo se lo hemos dejado a los hombres; y a todo el mundo se le trata con afabilidad, excepto a algunos truhanes que piensan divertirse con nosotras y a quienes pegamos terribles zumbas.

—¿Les has dado, como te dije, el carácter de socias?

—Por supuesto.

—Enséñame tu libro de cuentas generales, si lo tienes a mano.

—Siempre lo tengo arriba y muy guardado; traigo de noche mis apuntes y los pongo en limpio.

Abrió Antonia una cómoda de rosa muy negra y brillante, cuya llave pendía de un cordón que traía al cuello; y presentó el libro que se le pedía, poniéndose un poco encendida.

—Muy bien, señorita, perfectamente, dijo Fernando hojeándolo todo; está con la mayor limpieza y claridad. Leyó el índice y buscó en seguida la partida correspondiente a este rubro: Incripciones.

Decía así:

Capital con que una persona caritativa ha dotado esta negociación que lleva por nombre “Cajón de la Esperanza”, sin incluir los gastos de muebles ni otros de establecimiento de casa, veinticinco mil pesos.

Idem de la directora de la negociación Antonia P... a razón de un peso diario, que considerándose como rédito al seis por ciento anual da la cantidad de seis mil ochenta y tres pesos.

Idem de la primera dependiente y socia doña Leona Vicario, a razón de cuatro reales diarios que considerándose como rédito al seis por ciento anual, dan la cantidad de tres mil cuarenta y dos pesos con que se inscribe.

Idem de la segunda dependiente y socia con igual inscripción.

Idem de la tercera, etcétera, etcétera.

Cuando acabó de leer Fernando estas partidas, preguntó:

—¿Y respecto del gasto diario, cómo te arreglas?

—Muy sencillamente: a cada una de nosotras se le carga en su cuenta particular dos reales diarios por comida, que se procura que sea de mediana calidad. Si algo más tiene que gastarse en ella se aplica a gastos generales, como el salario de la criada, renta de casa, etcétera, etcétera. A las dependientes se les da además los géneros necesarios para que se presenten con decencia, y sobre todo esto pueden pedir hasta ocho pesos al mes para lo que les convenga. Al fin del año se hará balance y se distribuirá la ganancia entre todos los capitales proporcionalmente, aumentando antes en la utilidad para sacar cuál sea la verdadera, el rédito con que se considera a cada una de nosotras en la inscripción, y después al hacer la distribución efectiva se descuenta lo recibido; y así por ejemplo, si resultaran en el balance seis mil pesos ganados, se hará la cuenta de este modo: Fernando sacó su cartera y ofreciéndole a Antonia lápiz y una hoja blanca hizo ésta la siguiente distribución:

Se aumenta a la ganancia líquida de seis mil pesos (\$6,000) la cantidad de novecientos doce (\$912), que suman nuestros sueldos, y diremos:

Si a la suma de los capitales de inscripción, que es de cuarenta mil doscientos nueve pesos (\$40,209), corresponde la ganancia total de seis mil novecientos doce (\$6,912), al capital de cada socia dependiente corresponderá la ganancia de quinientos veintitrés (\$523), de la que rebajándose lo recibido en comida, vestidos y suplementos antes expresados quedará por lo bajo un ahorro de doscientos pesos.

—¡Sería un magnífico resultado!, exclamó Fernando.

—Especialmente si se considera que estas jóvenes que ahora tienen ya algún porvenir, eran costureras que ganaban real y medio diario, sin descansar en todo el día, y sin garantía alguna de que no les faltaría impensadamente el trabajo, por sólo el mal humor de la señora a quien sirviesen.



—¿Y dónde están ahora tus dependientes?

—El día festivo lo pasan en sus casas, vuelven antes de la oración de la noche, y ocupan en toda la semana las piezas del entresuelo, que he resuelto no alquilar a nadie desde el lance aquel de los ladrones.

—Me dijiste que taladraron el techo, ¿no es verdad?

—Sí, en dos días de fiesta seguidos, y si no ha sido por la excelente caja de seguridad que usted nos regaló, se hubieran llevado todo el dinero.

—Esa caja la hice yo mismo para el difunto señor don Domingo Dávila; después he podido recobrarla, porque habiendo llegado este señor a pobreza, o tal vez por otro motivo, la mandó vender, y don Abundio, a quien se la ofrecieron, y que conoció desde luego que era la que había yo trabajado, la rescató.

—He oído decir aquí a las dependientes que ha quedado arruinada la hija de ese señor Dávila, y que ha sido muy hermosa...

Fernando, para impedir que la conversación siguiese aquel giro, interrumpió diciendo:

—Pero fue una imprudencia haber arrendado el entresuelo a personas desconocidas.

—Trajeron una fianza que después resultó falsa. Deseando yo ahorrar una buena parte de la renta de la casa, y esperando que aquellos hombres decentes al parecer le darían más respetabilidad, no hice mayor reparo.

—Pero al ir a abrir el cajón por el patio, a la sazón en que estaban dentro los ladrones, has corrido un gran riesgo, Antonia.

—¿Y qué había de hacer? Figúrese usted que iba yo del todo desprevenida con un platillo en la mano, en que le llevaba carne a mi gato, cuando al abrir la puerta oigo ruido por el lado del escritorio; como allí tengo siempre el dinero, y entonces había una suma considerable, pues no se había cubierto la cuenta de don Abundio, conocí que era el momento de probar que las mujeres servimos para algo o morir. Me adelanté fingiendo que nada había advertido, aunque llena de miedo, a un lugar en que tengo siempre puestas las pistolas que me regaló usted. Afortunadamente los ladrones no las habían visto, y luego que las tomé entre mis manos, me dirigí preparándolas y disparando hacia el lugar en que oí que se cambió el ruido, y era que por los aparadores se subieron al techo que habían agujereado. Uno solo de los malhechores se quedó debajo del mostrador, a quien yo no había visto; pero como bajaron pronto las dependientes, luego que oyeron los dos tiros



que disparé, comenzaron a buscar por todo el cajón, y encontraron al hombre escondido que no opuso resistencia alguna, porque vio que todas estábamos armadas. Era un poco más de la oración, vinieron los serenos, recibieron el preso y se pusieron a buscar por toda la casa a sus compañeros; pero como no habíamos tenido la precaución de cerrar el zaguán, sin duda por él se fugaron con el portero, a quien desde entonces no hemos vuelto a ver. Por tal motivo ningún hombre se queda ya en esta casa, pues hasta el mozo que muda los tercios tiene que ir a dormir a la suya.

—Éste es por tanto un estado gobernado por amazonas.

—Simplemente una casa en que no hay hombres, y que por ahora para nada se necesitan.

—Aurelio, continuó la joven, trae la plana que le has dedicado a papá; y tú, Pepito, dile la fábula de la cigarra y la hormiga.

El chico no se hizo rogar y con voz clara, aunque un poco afectada, comenzó y terminó felizmente su fábula.

La plana de Aurelio fue presentada con esa interesante modestia de los niños de talento precoz, y mereció muy justas alabanzas, juntamente con un escudito que le regaló su papá, así como al primero.

Antonia salió en seguida, pretextando que iba a activar el almuerzo y llevándose a Pepito, quien a pocos momentos vino a llamar al maquinista. Éste encontró llorando a Antonia:

—¿Pero qué te sucede, hija mía? ¿No tenías tanto gusto? ¿Por qué lloras?

—Lloro por la pena que me da contrariar a usted.

—¿Pero en qué me contrarías?

—¡Yo que deseaba tanto que viniese usted a almorzar con nosotros!

—¿Y bien?

—No puedo estar ahora en la mesa.

—¿Pero por qué?

—¡Por ese americano...! ¡Acaso será el que haya matado a mi padre! Y la joven prorrumpió en un acerbo llanto. Fernando no sabía qué decirle porque él también sentía una secreta repugnancia hacia los invasores; pero el compromiso estaba hecho, había tenido la imprudencia de convidar a Walker, y no había manera decente de evitarlo.

En aquel momento le avisaron que don Abundio, a quien había mandado llamar, estaba en la sala esperando.

—Antonia, dijo entonces, me aflige verte llorar; yo no puedo ni debo oponerme a que manifiestes sentimientos tan nobles que elogio



cordialmente, y que quisiera ver generalizados en mis compatriotas. Tranquilízate, la venida de don Abundio me da un motivo para pretextar negocios urgentes; me llevaré al americano sin que se despidas de ti, y si me es posible volver, almorzaremos sin esa visita que tan justamente nos incomoda.

—Gracias, padre mío, siempre es usted muy bondadoso con nosotros y obliga nuestra gratitud que no conoce ya límites. Esperaremos a usted si es necesario, todo el día.

—Volveré pronto.

Llamó en seguida Fernando a su dependiente, y le dijo:

—Don Abundio, usted que no solamente es mi socio sino un amigo verdadero, debe saber sin reserva alguna el objeto con que le he llamado. Hacía algunos meses que deseaba saber de una persona que me es muy querida.

—¿De la señorita Dávila que ha quedado huérfana?

—La misma; ¿y cómo sabía usted esto?

—No han faltado personas que al notar que no está usted en el almacén sino cuando más una hora en cada día, me han dicho: “Su principal está perdidamente enamorado, y como no encuentra a la persona que lo hace desvivir, se encierra todo el día fumando opio, lo cual puede hacer sin cuidar mucho el almacén, porque es inmensamente rico desde que vino de Californias”.

—Don Abundio, voy poco al almacén porque teniendo usted la negociación a partido, y mereciendo como merece toda mi confianza, estaría allí de más. Respecto de mi constante ebriedad por el opio, deje usted que la digan, no es un mal para nadie.

—¿Cómo no, señor? de día en día se hace más visible la decadencia física en que usted se halla, y a este paso...

—Aún no me falta la fuerza, que es cuanto necesito. Además, añadió con innegable satisfacción, en lo sucesivo ya iremos mejorando en salud, porque ha parecido la persona que según usted dice me ha desvivido. Lo que ahora importa es serle prontamente útil sin que llegue a saberlo nunca.

—Mejor sería que lo supiese desde luego, señor.

—No, don Abundio, se creería tal vez humillada: los que han sido ricos tienen mil caprichos raros... Casualmente Gregorio desea casarse con una joven que siempre acompaña a la señorita, y me ha pedido una habilitación para poner una tienda, antes de verificar su enlace. He llamado a usted pues, para que me haga el favor de ir hoy mismo a

proponer traspaso por alguna tienda que esté muy cercana a la calle de Necatitlán, que es donde vive la señorita, y si es posible en la misma calle. Gregorio hará por visitar a las jóvenes, y a título de obsequiar a su amada, procurará que no falte nada en la casa.

—Pero señor, Gregorio no sabe de comercio...

—¡Ah! se me olvidaba decirle a usted que dejase a los cajeros que encuentre en la tienda, al menos hasta que Gregorio aprenda a dirigirse.

El dependiente hizo un gesto como de resignación, y Fernando para tranquilizarlo, añadió:

—Probaremos don Abundio; Gregorio quiere esta recompensa a sus servicios, y yo se la he prometido: además no carece, en medio de su rusticidad, de una buena dosis de malicia, con la que basta para el comercio; es la carrera en que se prospera más fácilmente.

Fernando volvió en seguida a la sala y manifestó a Walker que casi se dormía ya, acompañado sólo del niño Aurelio, quien no cesaba de contemplar sus barbas rojas, que debiendo ocuparse inmediatamente en un negocio importante iba a salir.

—Aquí esperaré; contestó con grande socarronería el yanqui.

—Tal vez no volveré en todo el día, replicó Fernando.

Walker comprendió entonces que se le despedía, sonrió de una manera extrañamente feroz aunque rápidamente tomó su cachucha y siguió con aire indiferente a Fernando. En el corredor encontraron a Gregorio, a quien Fernando explicó aparte lo que había encargado a su dependiente principal.

—De hoy en adelante, añadió, es necesario transformarse, y recortar esa barba tan larga que acaso espantaría a los marchantes; esa *cotona* debe desaparecer juntamente con las calzoneras y botas de campana, para dar lugar a la chaqueta, al pantalón, y a la bota negra; cuando vaya usted a ver a las *vecinas*, podrá añadir a todo lo dicho una capa a la española antigua; así es como los pretendientes dan golpe. Y, a propósito de *vecinas*, es necesario asegurarse antes que todo, de si verdaderamente viven en la casa de La Palma...

—Lo que es eso, señor amo, ojalá tuviera tan segura mi salvación, o cuando menos mi casamiento.

—¿Pues qué ya has ido?

—Varias veces antes de ahora.

—Estarás muy adelantado.

—Nada, señor amo, absolutamente nada; y precisamente por este motivo he pensado lo de la tienda...

—¿Pues qué te han dicho? ¿Has escrito? ¿Te has valido de otra persona?

—Todo eso he hecho y siempre he obtenido la misma respuesta.

—¿Cuál es?

—Que soy un payo grosero, y lo que más me puede, señor amo, es que he visto entrar a la casa un señor ya grande que dicen que es rico y muy enamorado, y como dádivas quebrantan corazones...

—Has hecho mal en no decirme pronto estas cosas, contestó Fernando con muestras visibles de inquietud... Es necesario que hoy mismo termine el trato del traspaso, y que todas las noches estés de visita en esa casa, y aun de día, a horas inesperadas; en un hombre que hace proposiciones formales de matrimonio todo esto es permitido.

—¡Don Abundio!, continuó Fernando, llamando a aquél al lugar en que hablaba con Gregorio, que iba a dejar de ser su criado; después que convenga usted en el traspaso me hará favor de llevar a Gregorio, quien desde este momento deja de ser mi criado, a una peluquería para que le arreglen el pelo, le comprará usted la ropa necesaria para su nuevo oficio, sin olvidar un vestido enteramente decente, con reloj, cadena de oro, prendedor y un anillo de algún valor, porque esta noche misma sin más ceremonia irá usted a pedir la mano de la señorita doña Clara...

—Nájera, señor amo.

—De aquí en adelante procure usted olvidar esa eterna muletilla de *señor amo*; bastante se lo he recomendado hace mucho tiempo; quizá ahora que va a entrar en otra situación se corregirá, pensando que a su esposa no le ha de parecer bien el oírle decir a cada paso, señor amo.

—Está muy bien, señor amo.

El dependiente y Fernando no pudieron dejar de sonreírse al ver que todavía infringía Gregorio la prohibición.

—Le decía yo a usted, continuó Fernando, que esta noche misma pedirá la mano de la señorita doña Clara Nájera para don Gregorio Roldán; ¿está usted conforme?, preguntó dirigiéndose a éste.

—Sí, señor amo... si, señor don Fernando. Quisiera sólo llevar de aquí en adelante mi otro nombre de bautismo.

—¿Cuál es?

—Fausto.

—Pues se llamará usted así. Habrá seguramente algunas dificultades, plazos, etcétera, que nunca dejan de poner las señoras, y que de ningún modo contrariará usted, don Abundio; es bastante por ahora



obtener desde luego permiso para que vaya a visitar la casa don Fausto Roldán, cuando las ocupaciones de su comercio se lo permitan.

Don Abundio y don Fausto (tendremos que añadirle el “don” en lo sucesivo, siquiera porque va a ser dueño de tienda, que otros con menos fundamento lo reclaman) se despidieron, entregando antes el primero a Fernando una carta en que éste reconoció la letra de su amigo Luis.

—Vayan ustedes con toda confianza, les dijo, hoy es un día feliz por muchos motivos.

Fernando y Walker se alejaron también de la casa montando a caballo sin despedirse más que de Aurelio, a quien el maquinista encargó avisase a Antonia que por un negocio del momento tenían que retirarse violentamente.

El maquinista llegó a su casa y encargó que se pusiera el coche en el que a breve rato volvió a ver a Antonia, deseoso de leer en su compañía la carta del padre don Luis que acababa de recibir.

Al apearse estaba ya divisando Walker desde la esquina de los dos portales de Agustinos y Mercaderes para la casa de Antonia; no podemos decir si por ver a Fernando cuando volviera, o por reconocer bien la habitación de la que creía realmente hija del maquinista.



8. LAS CARTAS DEL PADRE DON LUIS (CONTINUACIÓN)

Luego que volvió Fernando a la casa de Antonia, se pusieron a almorzar las cuatro personas que con él formaban la familia. ¡No estoy solo en el mundo!, se decía a sí mismo el maquinista, al tiempo mismo que Antonia pensaba: ¡No soy ya aquella desvalida huérfana, próxima a morir de hambre y de desesperación!

Los niños referían con interesante animación las diferentes peripecias que casi siempre acontecen en la vida infantil a los que temprano se sujetan al reglamento monótono, severo e inconsiderado de la escuela; Antonia, entre algún obsequio delicado que le hacía a Fernando, ensalzaba de cuando en cuando el mérito de los géneros que acababan de llegarle de Veracruz, y la pronta salida que de ellos esperaba.

—¿Y el cambio qué tal va?, preguntó con aparente distracción el maquinista.

—Admirable, ya casi no queda oro.

—Será necesario hacer nueva provisión, y si la caja necesita de don Abundio, haré que venga mañana a darle una sangría.

—Cuanto antes.

—¿Y cómo has hecho los asientos del oro que te trae Gregorio? Te diré de paso que quiere llamarse en lo venidero don Fausto Roldán.

—¡Vaya capricho!

—Es que va a casarse, y desea ser un hombre nuevo.

—Eso es loable. ¿Me preguntaba usted de qué modo apunto la entrada del oro?

—Sí.

—Sin poner la especie metálica, simplemente valor recibido en depósito a disposición de don Abundio Torres.

—¿Y la salida? ¿No se ha ofrecido hasta ahora dificultad respecto de las onzas de oro, no las examinan mucho los directores de juego que según me han dicho son los que se proveen principalmente de tu casa?

—Al principio sí, las sonaban repetidas veces y las pesaban, y aun llegaron algunos a traer agua fuerte para probarlas, pero no observando que les hiciese mella, han acabado por recibirlas sin el menor examen.

—¿Y qué has pensado de esto Antonia?

—He pensado que cuando mi único protector me ha puesto a cambiar su oro en lugar de hacerme barrer su casa, a lo cual estoy muy dispuesta, es porque he llegado a merecer toda su confianza, y esto me satisface íntimamente haciéndome probar un placer que creo desconocido para las demás personas de mi sexo, pues para darle a usted una idea de él, sólo puedo decirle que me siento *hombre*.

Fernando mirándola con indecible ternura le preguntó:

—Y si esta confianza llegara a...

—...¿A tener algún inconveniente?, dijo Antonia, completando la frase con esa resolución de que solamente son capaces las mujeres cuando aman, y todavía más, cuando agradecen. Por no desafiar a la Providencia, y porque me acuerdo de que en el lance de los ladrones tuve miedo mientras no me vi armada, no le digo a usted que deseo se presente cualquier riesgo que haya de llegar; pero sea cual fuere, comprendo muy bien que sin que nadie me lo exija, ni mucho menos como condición impuesta por un beneficio, estoy aquí para sufrirlo sola.

—¿Pero no piensas Antonia que tanta generosidad puede exaltar la de algún otro?

—Ese otro que es mi querido padre, nada puede hacer sobre este particular, porque yo he dispuesto las cosas de manera que no tenga la menor intervención, a no ser la de empeorar el asunto en un lance adverso, y como esto redundaría en mi contra, de seguro que nada hará. Una persona que vende y compra todos los días por gruesas cantidades, que cambia plata u oro según le piden sus marchantes, está enteramente segura de que nadie pensará obligarla a que responda a esta pregunta, ¿de dónde ha tenido usted ese oro? porque la respuesta de puro sencilla demostraría la necesidad de la pregunta, pues yo diría: del comercio. Esta respuesta se haría no obstante insostenible, si alguien por no parecer menos generoso, viniese a interponerse diciendo: yo acostumbro remitírselo con un criado de confianza.

El maquinista experimentaba la más grata emoción admirando aquella adhesión tan decidida que se sublimaba con la consideración del sacrificio, y al reunir esta fruición casi celestial, con el inocente atractivo que ofrecía la vida íntima de aquella familia antes tan desgraciada,

ahora dichosa, conocía, sentía que era tan feliz como puede serlo el hombre en la tierra.

Ya lo hemos dicho, Fernando era en aquellos momentos tan feliz como puede serlo el hombre en la tierra, pues inmediatamente vino a herirle un recuerdo penoso; ¿por qué, se dijo, no puede ahora Rosita partir conmigo de esta ventura? Salvar a un alma tan elevada, tan enérgica, de la desesperación que trae la absoluta miseria, ser el medio providencial que transforma el más intenso dolor en la más pura alegría, es cuanto puede ambicionarse en la Tierra como verdaderamente glorioso; pero al mismo tiempo, ver y no poder impedir al menos de pronto, que la mujer a quien se adora sufra los males que en otra parte han podido remediarse tan fácilmente, es un tormento verdaderamente infernal; por un lado un placer inocente, profundamente conmovedor, por el otro, la sombra que opaca la luz, el dolor inmerecido que se empeña en matar el gozo. Casi estoy por creer que es cierto aquel sistema de doble fatalidad que soñé sobre el puente de Dios!

Fernando, llevado de esa sed hidrópica⁶ que todos sentimos de volar hacia donde todavía no podemos llegar, repasaba en su mente cuál era la actitud de Rosita al tomar la agua bendita en la capilla de San Salvador, con aquella mano tan blanca, tan finamente torneada, en otro tiempo tan mórbida, ahora tan enflaquecida; y de aquí pasaba a otras mil divagaciones hasta asistir en espíritu a la primera presentación de su ex-criado en casa de Clara, recordando que ésta solamente le había contestado a sus cartas, a sus emisarios y a sus atrevidas manifestaciones hechas en persona, que era un *payo grosero*: ¿desaparecerá, se decía, lo payo y hasta lo grosero, cuando vea que puede disponer de una fortunilla que la salvará de la miseria? ¿Cuál será la influencia que ejerza este casamiento de Clara, si llega a efectuarse, en su compañera de infortunio? Porque nada hay más contagioso, pensaba para sí, que un casamiento. ¿Representaré a mi vez el papel de payo grosero ante esta joven tan aristócrata? Desde luego renuncio a vencerla por hambre... si en su corazón no hay una chispa de amor y un concepto de estimación para el maquinista en otro tiempopreciado, cuidaré siempre de su subsistencia, de su felicidad, pero jamás me haré perdonar esa falta de simpatía a fuerza de dinero.

—Está usted muy distraído papá.

⁶ Insaciable [DRAE].



—No, Antonia... esperaba solamente que acabasen de tomar el dulce los niños para darte en primer lugar las gracias por tu excelente almuerzo, y en segundo lugar para proponerte una cosa que tal vez no te agradará.

—Propuesta por usted no puede desagradarme.

—Voy a leerte una carta que acabo de recibir de mi hermano Luis.

—¿De ese virtuoso de quien me ha hablado usted siempre que me viene a ver?

—Si, Antonia; no he querido leer solo su carta porque deseo que tú le quieras tanto como yo.

—Basta que usted me lo indique.

—No; es necesario que palpés por ti misma que la religión tiene todavía fieles intérpretes y la caridad fervientes apóstoles, que no solamente la predicán y la inculcan en tono magistral e iracundo, sino que la practican con tanta humildad como paciencia.

La familia se trasladó a otra pieza que servía de asistencia, encargando a la criada que había servido la mesa que llevase el café. Allí, con una media luz que se teñía de color de rosa al pasar por unas espesas cortinas, sentados Antonia y Fernando en un confidente, teniendo aquélla a su hermano menor sobre sí y el maquinista al mayor, comenzó la lectura de la siguiente carta:

Núm. 13

Señor don Fernando Henkel

Nueva Filadelfia, México, enero... de 1848

Hermano mío, predilecto:

No he cesado de escribirte en cada mes, y extraño me digas en todas tus cartas que no has visto mis letras sino en las que recibiste en Acapulco y que después perdiste en el camino.

Cuidaré de que se te remitan las copias, pues aunque conservas muy buena memoria de su contenido, importa que tengas íntegro el reglamento de la Nueva Filadelfia, que según recuerdo fue inserto en las dos primeras.

En cuanto a las tres tuyas que he recibido, aunque a todas he dado contestación especial, te diré, sucintamente, esperando que el conducto que lleva ésta sea seguro, para repetirlas, que yo no miro como un mal sino como un bien providencial la suerte de Rosita, a quien por otra parte compadezco mucho, y que aun la circunstancia de que no hayas podido ofrecerle hasta ahora tu fortuna, es conveniente para todos. Antes de que te



impacientes contra mí, reflexiona que si al carecer esa distinguida señorita de la protección de su padre, hubiera encontrado inmediatamente la tuya tan espléndida y desinteresada cual cumple a un enamorado caballero que ha vuelto rico de California, nada habría aprendido esa apreciable niña, supuesto que no llegaba a tocar ni con la punta de los pies la triste morada de la miseria, de esa escuela única que nos hace buenos, purificándonos, y enseñándonos a comprender los males ajenos. Sufrirá Rosita, lo conozco y lo siento, y si pudiera lo impediría con el solícito afán que tú mismo; pero Dios lo ha dispuesto de otro modo, lo que seguramente vendrá a ser mejor para ella. En cuanto a ti, no te diré que debes alegrarte de este suceso, por temor de despertar el egoísmo que en nadie llega a estar perfectamente dormido; pero en realidad has ganado, porque a pesar de los consuelos que procuraba darte acerca de tu amor hacia esa señorita, pensé siempre que mediaban muchas dificultades para que llegases al término que anhelas, y aun en este caso, no miraba yo garantizada de modo alguno tu felicidad. Ahora las circunstancias son enteramente diferentes, y todas conspiran, a lo que creo, decididamente en tu favor.

Al llegar a este punto, Fernando hizo una pausa con objeto de dar alguna explicación a Antonia en lo relativo a Rosita, pues en medio de cierto consuelo que le causaban las reflexiones del padre don Luis, había conocido que casi era una imprudencia poner el cariño verdaderamente filial de aquella joven, que podemos comparar a una llamita permanente y de una luz suave, junto a aquella pasión impetuosa que como un incendio terrible había hecho tanto estrago en el corazón de Fernando.

Antonia, que advirtió este contraste primero que su protector, aunque experimentó impensadamente un dolor agudo, y aun podemos decir desencanto, porque a la vez que ella no ponía barrera alguna ni límite conocido a la veneración, al acendrado cariño que profesaba a su padre adoptivo, conoció con pena que aun el amor más puro y santo debe limitarse si no en el sacrificio, en lo cual está su verdadera grandeza, sí en el objeto mismo a que se dirige, pues sólo para Dios puede ser infinito; tuvo no obstante tiempo de ponerse en guardia, y cuando Fernando pretendió con la delicadeza que le era genial, protestarle a Antonia que en medio de aquella inexplicable pena que le causaba la triste situación de Rosita, el único lenitivo que había encontrado era el amor de su hija adoptiva, ésta le contestó inmediatamente:

—Para que el remedio sea completo, a mí me corresponde hacer una cosa.

—¿Cuál es?, preguntó con alguna inquietud Fernando.

—Buscaré a la señorita Dávila hasta encontrarla, y haré que ame a mi padre; he oído decir que para estos casos tenemos las mujeres recursos especiales, y sólo que la empresa fuera absolutamente imposible, dejaría yo de realizarla.

—¡Antonia! lo que acabas de decir es adorable, y me haría quererte más si en mí estuviera; sin embargo, hay dos motivos para que no apruebe tu generosa resolución.

—¿Y son?

—El primero es que Rosita, de quien no había tenido noticia alguna, se ha presentado hoy a mis ojos inesperadamente, y Gregorio, es decir don Fausto, ha averiguado dónde vive; y el segundo, porque no quiero absolutamente el amor de esa niña, siempre que para atraerlo necesite de cualquiera manera dejar de parecer lo que he sido a su vista; me ha despreciado porque soy indio y porque era pobre, y yo no quiero disimular ninguna de estas circunstancias para sorprender su imaginación. Tú le harías muchos elogios de mí, que ciertamente no merezco, y esto sería casi engañarla. Las mujeres, Antonia, perdóname lo que voy a decir, porque de ningún modo te comprende, prefieren frecuentemente una posición deslumbradora, que en secreto las llene de humillación y de vergüenza, a las castas satisfacciones de un amor verdadero; se venden; yo podría desplegar a los ojos de Rosita tanto o mayor lujo que el que disfrutó en vida de su padre; pero me disgustaría mucho el comprarla, y cuanto más me costara, tanto más rebajaría en mi consideración. Quiero mejor que persevere en su orgullo de otro tiempo, con el que tan despiadadamente me ha herido, que verla junto a mí degradada, pues en todo caso me bastaría el inocente amor de mis hijos para pasar una vida siquiera tranquila.

Después de un breve silencio, el maquinista continuó leyendo:

Un consuelo verdaderamente admirable te ha deparado la Providencia en esa familia que has adoptado, y cuya afectuosa adhesión es tan acendrada. El carácter de Antonia, tal cual hasta ahora se presenta, atrae tanto mi simpatía como mi admiración. Dile de mi parte que aquí en este ignorado rincón del mundo, tienen lugar las almas nobles como la suya, que aprenden si no saben el arte de ganar una subsistencia independiente, y que si llega a fastidiarse de la lucha continua en que es necesario vivir para hacer lo que se llama fortuna en el comercio, al que según me dices la has dedicado, venga a la Nueva Filadelfia, donde ya la esperan las simpatías de



muchas familias a quienes he enseñado tu carta de diciembre último, y principalmente el cariño de mi madre, de mi hermana.

—¿Qué respondes, Antonia?, preguntó Fernando gustosísimo de poder indemnizarla de la pena que juzgaba le había causado con la inesperada revelación de su amor a Rosita.

—La respuesta le toca a usted, dijo ella sonriéndose.

—Pues diremos que aquí también estás ganando tu subsistencia sin depender de nadie; pero que por el gusto de ir a conocer a tan buenas gentes, como son las que se han reunido en la Nueva Filadelfia, iremos a visitarlas dentro de poco tiempo. ¿Te parece bien?

—Ahí falta una cosa.

—¿Cuál es?

—Decir que iremos a visitarlos luego que acabemos de cambiar las onzas de oro.

—¡Ah, maliciosilla!

Fernando continuó leyendo:

Hemos tenido aquí una solemnidad, para la cual te convidé desde diciembre en carta que parece no has recibido.

El día primero de este año, vestidos los colonos con ropa nueva, construida casi en su totalidad dentro de la asociación, trayendo al templo con una mano al menor de la familia, pues el resto ya estaba dentro de él, y con la otra algunos de los productos del campo, como cañas de maíz con gruesas mazorcas, espigas de trigo o de cebada, hortaliza, flores, algunos corderitos, pichones, y hasta becerros, hemos venido todos, presidiéndolos yo, que traía en la mano el Nuevo Testamento, y estando de rodillas ante la fachada del templo, que entonces estrenamos, alumbrados por los rayos de un sol espléndido, mandé correr primeramente unas cortinas que cubrían las siguientes inscripciones puestas con letras de oro:

Ésta es la ley de Dios.

No adulterarás.

No matarás.

No hurtarás.

No dirás falso testimonio.

No codiciarás.⁷

⁷ “Epístola de San Pablo a los romanos”, capítulo 13, verso 9. “*Non adulterabis: non occides: non fur beris: non falsum testimonium dices: non concupisces: et si quod est*

Y si hay algún otro mandamiento, se comprende, sumariamente en esta palabra: “AMARÁS A TU PRÓJIMO COMO A TI MISMO”.

Cantamos en seguida acompañados por la música algunas estrofas del himno que nos mandaste, que produjeron un grande efecto; entramos luego al templo, donde ya esperaban algunos de nuestros amigos de Atoyac, y con la mayor pompa celebramos el *sacrificio del Cordero*, acercándose a la mesa los que voluntariamente se habían dispuesto, que fueron casi todos.

Como esta iglesia no necesita crecidos gastos, ni fondos especiales, no quise que me regalaran las pequeñas ofrendas que había traído cada padre de familia, y que compraron a la asociación, y les exhorté a que las conservaran, a fin de que tuviesen muy presente que Dios envía sus dones indistintamente para todos sus hijos, y que la iglesia para nada quiere los bienes materiales.

Del templo pasamos a la Rotunda; invitando a nuestros amigos de Atoyac, que estaban verdaderamente sorprendidos de ver que esta asociación no tiene semejanza alguna con las haciendas que todos conocemos, en que sólo se ven peones miserables e idiotas.

En el frontispicio de la Rotunda están escritos también con letras de oro estos consejos de San Pablo:

“Tened entrañas de misericordia para que seáis elegidos y amados de Dios, ejerciendo en todo, como los Santos, la Benignidad, la Humildad, la Modestia y la Paciencia.

Soportaos mutuamente perdonando cualquiera motivo de queja, así como Dios nos perdona.

Sobre todo esto tened Caridad, que es el vínculo de perfección.”⁸

Se leyó después una Memoria en que consta el capital efectivo invertido en la asociación, que llega a doscientos treinta mil pesos, porque además del importe de las libranzas que se han pagado en tu almacén, se ha com-

allud mandatum in hoc verbo instauratur: Diliges proximum tuum sicut teipsum.” [Nota del autor.]

⁸ “Epístola de San Pablo a los colocenses”, capítulo 3, versos 12, 13 y 14. *“Induite vos ergo sicut electi Dei Sancti et dilecti, viscera misericordiae, benignitatem, humilitatem, modestiam, patientiam: supportantes invicem et donantes vobismetipsis, si quis adversus aliquem habet quaevelam: sicut et Dominus donavit vobis ita et vos Super omnia antem haec, charitatem habete, quod est vinculum perfectionis.”* [Nota del autor.]

putado el precio real de los terrenos con que se han inscrito algunos colonos, y otras pequeñas cantidades que han entregado varias familias.

En dicha memoria aparece también toda la suma de trabajos que se han impendido,⁹ los frutos que se han recogido, los consumidos y los que aun existen en el campo y asimismo los artefactos.

La suma total de valores existentes hoy en la Nueva Filadelfia asciende a unos trescientos mil (\$300,000), de los cuales rebajando la cantidad efectivamente gastada de doscientos treinta mil (\$230,000), queda la utilidad líquida de setenta mil pesos (\$70,000) en poco más de un año. A esta utilidad existente debe agregarse la consumida en alimentos y gastos generales, que por cada persona de las mil trescientas que existen en la asociación, excluyendo los niños menores de diez años, debe calcularse a real y medio diario en sesenta y ocho pesos anuales (\$68), lo que da para todos ellos un gasto de ochenta y ocho mil cuatrocientos pesos (\$88,400). De esto resulta que el beneficio efectivo de la asociación llega a la suma de ciento cincuenta y ocho mil cuatrocientos pesos (\$158,400).

Distribuido este beneficio entre todos los capitales inscritos, físicos y morales, que ascienden a un millón quinientos treinta mil pesos (\$1,530,000), resulta de ganancia para cada mil pesos (\$1,000), es decir para cada persona una con otra ciento tres pesos (\$103), y como cada una ha recibido sesenta y ocho (\$68), viene a quedarles por término medio un ahorro de treinta y cinco pesos (\$35), que en unos años será mayor y en otros menor, según lo que produzcan la agricultura y fábricas, y conforme al precio que se vendan los productos.

Puedo entretanto asegurarte que la lana hilada y tejida va teniendo un aumento muy considerable, pues todos los tejedores de las cercanías se afanan por comprárnosla, por cuyo motivo te encargo me mandes una nueva maquinaria.

Ya comprenderás que el aumento que hemos tenido de colonos, pues con los chicos llegan a mil quinientos, nos ha obligado a subdividir varias distribuciones y a aumentar nuestras oficinas, entre éstas principalmente la cocina pues tenemos cuatro y apenas bastan, por lo que estoy resuelto y el consejo de ancianos ha aprobado no admitir aquí mismo nueva gente, sino buscar otra localidad a propósito, inmediata a ésta, para establecer la segunda "Filadelfia".

Hoy mismo muchos vecinos de Atoyac que, como te he dicho, estuvieron presentes a nuestra acción de gracias al Todopoderoso, me han instado

⁹ Gastado, expendido, invertido (DRAE).

porque los admita como socios de pequeños capitales, deseando a la vez dedicarse a la industria con sus familias, y yo les he contestado que fundaremos otra asociación, vecina de ésta, protegida por todos nosotros, a lo que están anuentes. Les he prometido en tu nombre un auxilio de veinticinco mil pesos, en calidad de socio protector: ¿estás conforme? Si te parece que me he excedido, ¿para qué has hecho conmigo ostentaciones de tu riqueza? Aguanta ésa y mándame un repuesto de la maquinaria de cardar e hilar lana, al fiado, se entiende, porque hecha la liquidación han de pedir algunos socios sus ahorros, y no quiero que tengan inquietudes al ver que no hay dinero disponible, el cual no tardará en volver a entrar por la tienda que se halla perfectamente surtida. Por remate de regocijos te diré que pronto vamos a tener aquí muchos matrimonios, a la vez los capitanes y las maestras han dado su informe acerca de la aptitud en que se encuentran para adquirir la subsistencia varias parejas de pretendientes, a la cabeza de las cuales están... adivina quién... ¿Te rindes? Pues son nada menos que Ulseman y Laura.

Una sola cosa bien insignificante por cierto nos ha detenido y es que el cura de Atoyac quiere cobrar inexorablemente a cada pareja, conforme al arancel de Guadalajara, dos pesos por la información, cinco por la velación, tres reales para las arcas, cera que deben ofrecer para el altar y para las manos, y por cada amonestación cuatro reales, todo lo cual hace en los casos más llanos y menos costosos en que no hay informaciones difíciles, ni velación fuera de la parroquia, ni toma de *dicho* en la casa de la novia, ni exhortos que harían subir mucho los gastos, unos doce pesos.

Ya comprenderás que el haberme opuesto a dar esta suma que estoy ya dispuesto a entregar, era porque nunca he creído que la administración de los sacramentos debiera sujetarse a arancel, sino que los interesados diesen lo que buenamente pudieran, principalmente los habitantes de esta asociación que ningún beneficio espiritual, ni siquiera una visita de curiosidad deben a su llamado cura; pero no hay remedio, les ha dicho, o pagan o no se casan. Le he llevado la cuenta a este párroco, y con lo que va a recibir de los matrimonios, bautismos y entierros, nos sacará al año unos seiscientos pesos, lo que equivale a que lo inscribiésemos graciosamente en nuestro libro con un capital de diez mil pesos, salvo el caso de peste en que crecerá mucho más, de suerte que podemos decir que en la Nueva Filadelfia hay dos o tres familias ocupadas constantemente en mantenerlo.

Te confieso que este negocio me pone de mal humor, y me hace concluir mi carta antes de lo que me había propuesto, pues al charlar contigo no tengo medida.



¡Adiós, querido hermano! recibe afectuosas memorias de mi madre, de Laura y de varias familias que siempre me preguntan por ti, y el cariño de tu amigo que acaso con el tiempo sabrás no es tan *feliz*, como lo supones, y como deseara que tú lo fueses.

Luis

Fernando encargó en el mismo día a su dependiente principal que mandase disponer toda la maquinaria indispensable para una segunda Filadelfia, cuya factura le extendió, y que si alguna cosa le faltaba en los almacenes de la casa, la comprase inmediatamente, y que buscara una letra de veinticinco mil pesos sobre Guadalajara para remitírsela al padre don Luis, a quien le contestó en estos breves renglones.

Te mando, querido Luis, una letra de veinticinco mil pesos sobre Guadalajara, para que se dé principio a la segunda Filadelfia, y dentro de pocos días recibirás la maquinaria que destino para el mismo objeto. Mucho me ha alarmado la especie con que concluye tu carta número 13, relativamente a tu persona, pues ciertamente te creía envidiablemente feliz; ¿qué tienes, querido amigo? ¿Por qué es menor tu confianza hacia mí? Contéstame sobre este particular desde luego, y no dudes que en toda ocasión te probaré que soy tu verdadero hermano.



9. UN PROTECTOR

Después de la desaparición de Mauricio, Clara tuvo que multiplicarse para asistir a sus enfermos, y más todavía para que no faltase a toda la familia la subsistencia, porque el jefe de ésta cayó en una casi insensata atonía, desde el momento en que unos conocidos lo levantaron sin sentido en los potreros de Tepito para traerlo a su casa. Clara, ayudada de la mandadera, disponía lo más necesario para los enfermos desde muy temprano en cada día, y salía inmediatamente a empeñar o vender alguno de los pobres objetos que había en la casa, incluyendo la herramienta y aun las tablas de la carpintería, la cual desde entonces quedó cerrada. Mas aquellos cortos recursos pronto se agotaron, sin que el carpintero hubiese vuelto al uso expedito de sus facultades, pues muy al contrario, con la inacción le reaparecían algunos males ya olvidados, que hicieron de él un ente inútil y gravoso. La mandadera, cansada de la miseria y de no recibir su sueldo, se despidió a la sazón en que Rosita comenzaba a convalecer; de suerte que mientras Clara salía a hacer los últimos esfuerzos para adquirir la miserable subsistencia de todos, Rosita cuidaba de los ancianos y de ella misma, Clara no desmayaba y se mantenía como un roble; pero no basta hallarse con buena salud y fortaleza, especialmente siendo mujer, para adquirir lo necesario a la subsistencia, y por tal motivo comenzó a poner en práctica un arbitrio que no quiso consultar a Rosita. Visitaba sucesivamente algunas familias que le eran conocidas desde que vivía el señor Dávila, y después de sufrir humillaciones o antesalas de parte de los domésticos, exponía a los amos la situación a que había llegado Rosita.

—¡Pobrecita!, le contestaban las señoras más compadecidas; nosotras bien decíamos que tanto boato y tan grande lujo nunca habían de parar en bien.

—Ella no tenía la culpa, replicaba tímidamente Clara, obedecía a su padre y...



—Pues hija mía, sentimos en el alma la situación a que ha llegado esa pobre niña; dígaselo usted así: pero desgraciadamente nosotras estamos casi lo mismo, y como las circunstancias actuales son tan malas... nada podemos hacer por ustedes.

Las más caritativas solían sacar de su gasto uno o dos pesos que recibía humildemente Clara, y con los cuales iba gozosa a prolongar dos días la miserable existencia de sus padres y de su amiga.

Esta situación que ya era demasiado amarga vino a complicarse por la demanda inconsiderada, y podemos llamarla impía, del casero, que cansado de esperar los cortos plazos que al principio fue concediendo para el pago de tres meses de renta que se debían, acudió a la justicia, a esta justicia humana que con razón la pintan ciega, porque necesita muchas veces vendarse los ojos para no conmovirse ante las iniquidades que autoriza.

Llevaron la cita por la tarde y se la entregaron a Rosita, porque Clara estaba la calle; cuando volvió se sorprendió de ver a aquella más triste que lo de costumbre, aunque muy afanosa componiendo la casa.

—¿Qué tiene usted, Rosita?, preguntó Clara, haciéndole un cariño.

Rosita comenzó a llorar. Clara la abrazó suplicándole le dijese lo que había sucedido; entonces le entregó aquella la tira de papel en que estaba el mandato judicial, concebido en los siguientes términos:

Don Antonio Nájera comparecerá en éste de mi cargo, mañana a las diez, a contestar la demanda que en juicio verbal le promueve el mayordomo del convento de... don Justo Amable, sobre pesos y desocupación de casa, apercibido de sentencia en rebeldía si no concurre.

Seguía la firma del juez, y después esta nota: *segunda cita*.

—¡Nos van a echar de la casa! ¿A dónde nos iremos Clara?

Ésta, que para todo era expeditiva, sintió terribles calofríos pensar que era un negocio de justicia el que las amenazaba. Volvió a leer el papel, y le dijo a su amiga:

—¿Pero por qué dice aquí segunda cita?

—Será para echarnos más pronto.

—No será así, porque yo iré mañana a ver al juez y le diré: señor juez, no hemos recibido primera cita, y así mande su merced...

—¡Qué su merced!, interrumpió Rosa, ahora ya no se usa decir su merced.

—Pues usía.

—Usía pase.

—Mande usía que nos lleven la primera cita (porque donde hay segunda debe haber primera) y que reconozcan a mis padres que se hallan enfermos, para ver si es posible que nos mudemos; y luego ¿a dónde? Dígame usía, ¿a dónde me mudaría no teniendo otra casa?

—Con todos tus alegatos creo que nos pondrán en la calle.

—No lo creas, Rosita, yo me opondré hasta el último momento. Además, esta casa es de convento de monjas, es decir, de una reunión de cristianas perfectas, y no es posible que éstas hayan dado orden para que arrojen a la calle a unas pobrecitas como nosotras, cuando deben dar ejemplos continuados de amor al prójimo. Todo esto le haré ver al juez y también al mayordomo.

Rosita, no dándose por convencida, suspiró dolorosamente.

Clara concluyó de preparar la cena, hizo que sus padres la tomaran, lo que también verificó Rosita, vencida por el apetito que suele traer la convalecencia, fingió ella misma que cenaba, pero ni cenó ni durmió, pensando en la terrible entrevista que debía tener con el juez. Salió en la siguiente madrugada a traer lo necesario para el desayuno, se aseó en lo posible, se puso un tapalillo, prenda de lujo que había reservado para lances como el que se le presentaba, y estuvo muy pendiente oyendo las horas para ir con oportunidad al juicio. Cuando dieron las nueve y media se encomendó a la Virgen de Guadalupe, única imagen que quedaba en la casa, porque había vendido hasta los santos, y se fue a la del juez, que en la misma cita estaba señalada.

Desde luego fue muy bien recibida por éste, cuyo aspecto tanto había temido, y encontrándose con cierta libertad inesperada, le dijo cuanto creyó que convenía al buen éxito de su negocio. Clara, casi triunfante al observar la benevolencia del juez, pensaba ya que los negocios de justicia humana no son tan terribles como se los había figurado, cuando entró en el juzgado don Justo Amable, armado de unos anteojos azules, arreglándose la peluca, que algo se había descompuesto al quitarse el sombrero, disculpándose de su tardanza.

Era éste un hombre chaparro, obeso, sin pelo de barba porque iba completamente rasurado, dejando ver unas mejillas abultadas y algo colgantes, de un blanco enfermizo; la nariz chata, los ojos verdes y pequeños, muy vivos, que cubría con los anteojos, la frente muy grande, por no tener límite conocido hacia la parte superior del cráneo, enteramente calva pero tendida, lo que daba a su fisonomía la apa-

riencia del gato; finalmente, la parte posterior de la cabeza ancha hasta la nuca. Este hombrecillo, cuya pronunciación era enteramente española, en cuyo semblante dominaba sucesivamente la audacia o hipocresía, según las circunstancias, y cuya fama era muy equívoca, fue el que entró al tiempo que Clara se creía tan asegurada, haciendo caravanas a los escribientes, fue a apretar la mano del juez, y fingió que no ponía la menor atención en Clara, quien sintió hacia él una instintiva repulsión, aun antes de saber que era su contrario.

—Santos y buenos días, señores; ¿despacharemos pronto, señor juez? ¿No ha venido nuestro hombre? mejor, nos ahorraremos todos de una mortificación, porque lo es ciertamente oír la relación de las miserias en que viven nuestros artesanos; pero ellos tienen la culpa, viciosos, informales, creen que no deben pagar la habitación que se les proporciona, sin acordarse de que las pobrecitas monjas no tienen otra cosa de qué vivir sino del producto de sus fincas. Con que el señor juez que nos hizo favor de darnos desde luego segunda cita, se servirá sentenciar en rebeldía...

El juez conocía de antemano a don Justo, y sabía que tras de aquella verbosidad en que tan pronto habían salido a figurar las pobrecitas monjas, había suma dureza e hipocresía.

—Esta señorita, le dijo, es hija del demandado.

—¡Ah! su hija. Perdone usted, señorita, y le dirigió sus terribles anteojos azules, a través de los cuales nadie pudo percibir una mirada libidinosa, desprendida de aquellos ojillos verdes que quedaban ocultos, y cuya fatal influencia seguramente sintió Clara, porque experimentó un malestar indefinible, y su antipatía hacia el mayordomo creció desmesuradamente.

—Ha manifestado, continuó el juez, que tiene varios enfermos en su casa, entre ellos a su padre, que se halla enteramente impedido de trabajar...

—El señor juez, contestó don Justo poniendo una carilla algo compungida y seráfica, observará que la señorita no tiene *personalidad*.

—¿Qué dice usted, señorita?

Clara había perdido su aplomo, y había olvidado cuanto tenía que decir, por lo que repitió maquinalmente:

—¡Personalidad! yo no sé que es eso.

—¿No tiene usted poder, señorita? ¿Ni siquiera una carta para venir al juicio en nombre de su padre?, le dijo un anciano que estaba allí por otro negocio, y que compadecido de ella quiso ayudarla.

—No tengo nada, ni le he avisado siquiera, porque habrían reagrado sus males, casi está loco... desde la muerte de mi hermano.

—Lo ve usted, señor juez, está usted en el caso de fallar en rebeldía... porque la señorita no tiene personalidad... ni podía tenerla, porque es bien sabido que las mujeres no pueden comparecer en nombre de otro, *feminoe ab oranibus officiis civilibus remotoe sunt*.

—De manera, dijo Clara, ahogándose de la congoja, que una hija nada puede hacer en un juicio en defensa de su padre impedido.

—¡Nada!, contestó del modo más estoico don Justo.

—¿Y si por sacar a un pobre enfermo de una miserable vivienda, lo sobreviene algún grave accidente, su hija no puede hacerlo presente a la justicia...?

—La justicia no ve, mi querida señorita, sino lo que está en el papel *secundum acta et probata*: aquí no consta sino que un propietario pide su casa, que usted llama miserable vivienda, a un inquilino que no paga y que legalmente no se presenta a responder; estamos, pues, señor juez, aunque yo lo siento muchísimo, en el caso de sentenciar en rebeldía.

Un largo silencio siguió a estas palabras dichas con cierto énfasis, como lección aprendida de memoria, pudiéndose conocer que el juez y todos los circunstantes, excepto el mayordomo, participaban de la angustia de Clara; entretanto, don Justo Amable jugueteaba con los sellos de su reloj y tosía dándose una importancia ridícula.

Clara en medio de su turbación conoció como todos los que se hallaban presentes, que el hombre que la atormentaba, entre otros defectos tenía el de la vanidad y armándose de resignación en lugar de decirle todos los desahogos que en aquel momento la ocurrían, tomó un tono humilde, dejó caer su tápalo al hombro, y enseñó como al descuido sus hermosas trenzas, y los graciosos contornos de su cuello, y le dijo:

—Señor don Justo, tal vez he hecho mal en llamar miserable vivienda una casa en que por la bondad de usted vivimos sin pagar hace algunos meses...

Don Justo tosió o más bien gruñó, poniendo el gesto más amable que pudo, como el gato que echa el malacate, o como el cerdo que se decide a perseguir la hembra. Clara continuó:

—No le pido a usted, señor don Justo, que nos permita vivir en ella para siempre, sino que espere unos días, siquiera mientras se alivia mi padre.

El juez traspasando el límite de sus funciones, dijo al mayordomo:

—Vamos, señor don Justo, sea usted generoso; ¿dónde podría llevar esta señorita a sus padres si se decretase la desocupación? Las monjas que usted representa son demasiado ricas para necesitar el que sea lanzada esta infeliz familia de la casa en que vive. Señor don Justo, un plazo dé usted un plazo de lo contrario...

El mayordomo conoció que era el momento de echarla de generoso. Había estado recreándose en la atractiva figura de Clara, y cualquiera que fuese el giro del asunto, había ya tomado una resolución.

—A mí no se me puede hablar de aflicciones dijo, sin que desde luego me enternezca; ¿qué quieren ustedes? soy así: verdaderamente no sirvo para los negocios, y por esto mando casi siempre un apoderado. Señor juez, tenga usted la bondad de mandar poner una nota en el expediente para que conste que queda en suspenso a la voluntad del actor.

Así que se aseguró don Justo Amable de que se había puesto la constancia tal cual había indicado, haciendo varias muecas a los que se hallaban presentes, se despidió, y Clara hizo lo mismo dando las gracias casi llorando, al juez y al anciano que le había explicado lo que era *personalidad*.

Don Justo, que sabía perfectamente cuál era el camino que debía seguir Clara para llegar a su casa, se adelantó hasta la contraesquina de Santa Catarina, donde se puso a leer un bando divisando entre tanto a Clara, que al llegar a dicha esquina se apresuró a variar de acera con objeto de ganar pronto la calle de La Amargura; pero don Justo le salió al paso como de casualidad y le ofreció el brazo. Clara creyó que se le oscurecía la calle, y aunque deseaba negarse a llevar tal compañero, no se atrevió a ello acordándose que podía hacer cuando quisiese que continuara el juicio. Tornó, pues, el brazo que se le ofrecía como si tocara una serpiente, y fue a dar a Rosita la noticia de que podían continuar en la casa.

Su amiga la esperaba con la mayor inquietud, y creyendo que abreviaba el momento de saber el resultado, había salido por la primera vez al balconcito que tenía la casa, para adivinar el resultado por el semblante que pusiese Clara.

—¿Qué calle es ésta?, se había preguntado a sí misma; no la conocía absolutamente. En seguida divisando para la esquina distinguió el azulejo en que están puestos los nombres de las calles y leyó “Amargura”. ¡Qué bien le conviene su nombre!, dijo. En aquel momento le pareció distinguir a Clara que daba vuelta a la misma calle viniendo del Puen-

te de Santo Domingo. Pero ¡qué veo! no viene sola: ¿habrá buscado a alguno de nuestros antiguos amigos para que la acompañase al juicio? Tal vez viene con el señor Henkel... ¡Oh! ¡no es conveniente que me vea así! Y se echó a sí misma una mirada que la desconsoló mucho; pero armándose luego de resolución: ¡Venga quien venga, exclamó, es necesario que me vea tal cual estoy ahora!

Pocos momentos después entraron a la casa Clara y don Justo Amable. Ya sea que Rosita por haber consentido en que el acompañante de aquélla fuese un antiguo amigo, o que la ingrata fisonomía de don Justo por todas partes sembrase antipatías, éste no recibió de la huérfana en cambio de su saludo muy ceremonioso sino una acogida glacial y desdeñosa.

—Clarita, dijo don Justo, no me había usted dicho que tuviese una hermana tan... tan simpática.

Rosita frunció el entrecejo, y extrañando la especie de familiaridad que la palabra “Clarita” dicha con una voz aguda, parecía indicar entre ésta y el recién venido, hizo a aquélla una seña imperativa sin cuidarse de la presencia de don Justo para que la diese explicaciones.

Clara obedeció como deseando descargarse de un gran peso, y le refirió cuanto había pasado.

—¿Quiere decir que estamos absolutamente a merced de este señor?

—Señorita, contestó el mayordomo inclinando la cabeza y mirando a Rosita por arriba de los anteojos; yo celebro infinito haber tenido la inspiración de suspender el negocio de la desocupación, pues nunca me perdonaría el causar el menor disgusto a tan dignas personas.

Rosita estuvo a punto de creer que su antipatía era infundada, e iba ya a contestar de un modo más cortés; pero advirtió algo muy siniestro en aquel hombre cuyos ojillos verdes y relucientes parecían untados de aceite, y las palabras expiraron en su garganta.

Don Justo, como hombre versado, sabía por experiencia propia que hay tiempos de acometer y tiempos de retirar; y para quitarse de la presencia de Rosita, o tal vez para dar principio a un plan que ya se había formado, pidió a Clara que le presentase con sus padres, a lo que ésta accedió, esperando que la situación miserable en que se hallaban, conmoviera tal vez su corazón.

Al salir don Justo de la recámara con Clara la dijo con voz conmovida:

—Es muy lamentable el estado que guardan, y lo peor es que no pueden tener los auxilios necesarios... no digo esto por la desocupa-



ción de la casa, que ciertamente no se verificaría en mucho tiempo si tuviésemos que esperar el alivio de los señores; pues para este caso puedo facilitar a ustedes otra viviendita de menos renta... sino porque aquí no podrán curarse.

—¿Pero qué podremos hacer, señor don Justo?

—¡Oh! esto es muy fácil, hay establecimientos en que se atiende a los enfermos mejor que si estuvieran en su casa, por una módica pensión.

—Nosotras no tendríamos con qué pagarla.

—Ya he dicho a usted Clarita, que en oyendo yo hablar de aflicciones...

—¡Muchas gracias, señor don Justo! pero yo nada puedo aceptar sin consentimiento de mis padres.

—Propóngaselos usted y acaso el deseo de recobrar la salud los moverá a aceptar mi ofrecimiento; en todo caso no deje usted de decirles que he prometido ya esta casa, y que aunque quisiera no podrían ustedes continuar en ella...

Observando el efecto que estas palabras causaban en la joven, continuó:

—No hay por qué afligirse Clarita, ya le he ofrecido a usted otra vivienda a la que podrán trasladarse, aunque ciertamente estarán en ella con menos comodidad que en ésta.

—Supuesto que es absolutamente preciso el mudarnos...

—No tiene remedio...

—Nos trasladaremos a esa viviendita que usted nos ofrece...

—Está algo retirada.

—Tanto mejor, los pobres están bien donde nadie los vea.

—Ya he dicho a usted que allí estarán con alguna incomodidad.

—La sufriremos.

—Allí no podrán estar sus padres de ustedes, lo que por otra parte no es un inconveniente, porque va usted a hacerles saber mi oferta de llevarlos al Hospital de Jesús, en donde nada les faltará, mientras que aquí no tendrán ni médico, supuesto que el que antes los visitaba según me ha dicho usted ha tenido que salir de México. Mientras sigan así no hay esperanza de que sanen... con que ¡adiós, Clarita! piensen ustedes lo que más les convenga, y sólo les suplico no me dejen en el compromiso en que estoy por haber ya prometido esta vivienda; así me lo han mandado las monjas. Créame usted, si no fuera por esta precisión, ni hubiera pensado en molestarlas con el juicio, que ya sabe usted ha quedado pendiente... Esta noche, si no hay inconveniente, vendré a saber la resolución de ustedes.



Don Justo saludó con el mayor respeto a Rosita, para quien realmente había dirigido toda la conversación y se retiró. Clara y la huérfana, así que se alejó, se abrazaron llorando. Después de desahogarse de este modo, y de consolarse mutuamente preguntó la huérfana:

—¿Quién es este hombre?

—Don Justo Amable.

—¿El mayordomo del convento de...?

—El mismo.

—¡Ah! debe ser muy mala persona, porque mi padre me dijo una vez, según ahora recuerdo, que este don Justo y otro mayordomo cuyo nombre se me ha olvidado, le habían hecho entrar en un negocio que tal vez causaría nuestra ruina. Yo que trataba todo con ligereza al ver que seguíamos viviendo con la misma comodidad, pensé que no habrían sido tan fatales las consecuencias del negocio de que me había hablado mi padre, como por desgracia ahora lo experimento.



10. LA TENTACIÓN

Nuestros lectores habrán ya comprendido porqué Rosita y Clara vivían en la calle de Necatitlán, donde Gregorio había llegado a descubrir el objeto de su amor.

Don Justo Amable, amenazando y halagando, había logrado separar a las jóvenes del lado de los padres de Clara, decidiéndolos a entrar en el Hospital de Jesús, con la esperanza grata para todos de su curación.

Por un cambio natural en hombres gastados como don Justo, la afición lúbrica que había sentido primero por Clara se había pasado gradualmente a Rosita, irritándose y creciendo sucesivamente por los desprecios que de ésta recibía. Al principio sus sollicitaciones habían sido atrevidas, después fueron sumisas, y viendo que eran acogidas con verdadero desprecio, llegó a ofrecer a la huérfana su mano, juzgando en su necia vanidad que ninguna joven de mérito llegaría a rehusarla, pues se figuraba que las repulsas de Rosita eran una fina y calculada coquetería con objeto de asegurar tan ventajoso enlace.

La casa en que vivían, como hemos indicado, se hallaba en la calle de Necatitlán. En medio del patio se elevaba una corpulenta palma de dátil, planta verdaderamente exquisita en el Valle de México, cuyo clima templado no permite que se multiplique, y en el fondo hacia la derecha, había un enverjadito de madera, que daba entrada a dos pequeñas piezas bajas que servían para las jóvenes. Clara había hecho trasladar las macetas que le habían quedado por invendibles, y como la primavera había empezado ya a hacer sentir su influencia, daban a aquella pobre habitación un aspecto agradable los geranios que empezaban a florear, los mastuerzos y las yedras que iban vistiendo el enverjado, y algunas rosas.

Sin los dolorosos recuerdos que ambas jóvenes hacían involuntariamente, su existencia pudiera haber llegado a ser tranquila, que es acaso la única felicidad a que puede aspirarse en la Tierra, probando así que lo que se necesita para sobrellevar la vida realmente es muy



poco; pero la huérfana tenía que llorar a su padre y la fortuna que había perdido, y Clara, a su hermano.

Don Justo Amable, aunque las visitaba todas las noches, cosa que mortificaba mucho a las jóvenes, limitaba sus pretensiones a familiarizarse con ellas, proponiéndoles juegos de cartas y sufriendo pacientemente las humillaciones crueles que le hacía sufrir Rosita, siempre que se propasaba a hacerle una insinuación poco respetuosa. Después de estos nublados, todo seguía pasablemente porque Clara había encontrado una casa en que le daban costuras, y Rosita, que al principio tenía gran dificultad para coser siquiera una hora, había ya vencido su delicadeza, y trabajaba al igual de su amiga. La posición de ambas, sin embargo, no podía ser más precaria, porque don Justo llegaría a enfadarse y las quitaría la casita, y cuando no encontrasen qué coser, tendrían que ayunar, porque su protector, con un cálculo verdaderamente diabólico, esperaba que se le rindiera Rosita por hambre. Tal porvenir amagaba constantemente los días de aquellas jóvenes.

Una mañana, precisamente la de aquel día festivo en que Fernando, según hemos visto, fue a San Salvador el Verde, las dos jóvenes se levantaron muy temprano para concluir un túnico, lo que no habían podido hacer en la noche anterior, porque don Justo había prolongado tanto su visita, que rendidas de sueño habían resuelto acabarlo de madrugada. Esto era tanto más urgente, cuanto que con el precio de la costura habían de comprar el desayuno. Después de más de dos horas de trabajo lo habían terminado, y Clara cerca de las siete había salido a entregarlo, dejando enteramente sola a su amiga.

Pocos momentos después entró al enverjado don Justo Amable, desatando muy quedo la puerta que Clara había amarrado por precaución, y se entró sin tocar a la pieza que hacía la salita.

Sin duda aquél había previsto que impidiendo a las jóvenes con su presencia concluir su trabajo en la noche, tendría que salir Clara a dejarlo en aquella hora en que ya podía hallarse en la calle el mayordomo, pues más temprano se lo impedía el reumatismo que padecía.

Rosita, como es de suponerse, se sorprendió y aun se indignó de aquel atrevimiento; pero don Justo había contado con la misma exaltación de Rosita que le sirvió de cómoda introducción.

—¡Señorita, no hay que poner esa cara de vinagre; cansado estoy ya de desdenes!

—¿De veras?, contestó con exaltación nerviosa Rosita, acercándose resueltamente al mayordomo, y dominándole con la mirada, pues era

más alta que él; ino lo ha de estar usted tanto como yo, pues ya sabe, porque se lo he repetido muchas veces, que los beatos me apestan!

El mayordomo se puso más pálido que de costumbre y seguramente sufrió un vértigo porque buscó el apoyo de una silla. Por su desgracia la silla estaba coja, y dio con él en tierra de bruces, aunque sin otro accidente que hacérsele pedazos los anteojos.

Rosita pudo entonces contemplar el rostro de su pretendiente, sin careta, pues los anteojos le servían al efecto tan bien, que realmente hasta entonces podía asegurar la huérfana que no le conocía, por cuyo motivo experimentó algún miedo que antes no le había aquél inspirado, al observar que los ojillos verdes del mayordomo la seguían por todas partes, y aun la causaban una penosa fascinación como si tuviese delante de sí una víbora enojada.

—Hasta ahora he sufrido pacientemente cuantas humillaciones ha querido usted ejercitar en mí, pero estoy ya resuelto a ponerles término.

Rosita, haciéndose superior al miedo que experimentaba, le dijo con socarronería:

—Hay un modo muy fácil, y que depende de usted sólo.

El beato equivocando el sentido de lo que decía la joven, contestó:

—Ya se lo he propuesto a usted varias veces, pero usted me ha desairado siempre.

—¿De qué cosa habla usted?

—La he ofrecido a usted varias veces mi mano, que otras personas no hubieran dejado de aceptar prontamente.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! si yo me refería a otra cosa más fácil.

—¿Más fácil dice usted? ¡Será posible!

—Sí, muy fácil, porque consiste en que usted no vuelva a poner un pie en esta casa.

—¿Olvida usted señorita, replicó lleno de cólera el mayordomo, empinándose sobre las puntas de los pies, quién es el que la paga?

Rosita sintió que le subía la sangre a la cara; pero dominando la vergüenza que le causaba aquel reproche, dijo al mayordomo:

—Es usted un reptil inmundo, por más que se empine para alcanzarme: ¡miserable! ¿Cuatro o seis pesos que habrá usted pagado de renta, cree usted que le autorizan para ser tan atrevido? Pues se equivoca mucho. Verdad es que le debo a usted esa ratería, y esto hace una de mis mayores desgracias, pero yo soy la inquilina, y si se atreve usted a faltarme en lo más pequeño, llamaré a los vecinos para que echen a usted de aquí y sepan quién es el hipócrita mayordomo de monjas.

—Verdaderamente, dijo éste, cambiando de tono por la amenaza de llamar a los vecinos, y mirando tristemente sus anteojos rotos e inservibles que estaban en el suelo, no sé Rosita por qué nos hemos extraviado tanto...

—Para usted no quiero ni debo ser más que señorita; evite usted por tanto toda manifestación de confianza, que de parte de usted me repugna.

—Pues, *señorita*, dijo el mayordomo mordiendo los labios, no sé por qué nos hemos alejado tanto del pacífico objeto que aquí me trajo. Venía yo creyendo dar una grata sorpresa...

—¡Ha sido muy ingrata!

—A proponer a usted y a Clarita un paseo a Chapultepec o a Tacubaya; pero ni una silla me ha ofrecido usted. ¡Ya se ve! aquí hasta los muebles me son hostiles.

Rosita no respondió, mientras que don Justo reconoció otra silla en que se sentó; pues no podía estar mucho tiempo en pie por sus reumas.

—Tendríamos hoy un magnífico almuerzo bajo los ahuehuetes en lugar de pelearnos.

Téngase presente que las jóvenes por economía no cenaban, y que aquella mañana aún no habían desayunado; todo lo sabía muy bien el mayordomo, pues había atisbado la primera salida de Clara.

—Mole de guajolote, frijoles gordos, enchiladas y pulque; o si el gusto no está por lo nacional, ostiones, anguilas, capones rellenos con trufas y algún vinillo, de lágrimas por ejemplo, hacen una comida succulenta, que vuelve la alegría, y quita para mucho tiempo el mal humor.

Rosita, para no dar conversación al mayordomo, había tomado los útiles de peinar y se ocupaba en esto dándole la espalda.

—Dirá usted tal vez que el vestido de luto no se aviene con estas inocentes distracciones; pero México es una providencia sempiterna; a cualquiera hora en casa de una modista se encuentran los trajes que más puedan apetecerse; eso sí, con una condición bien sencilla para las hermosas como usted, y es la de hacer buena cara a los que vienen a visitarlas.

—Eso exige otra condición, dijo la joven despechada.

—¿Cuál es?

—Que los que vienen a hacerle a uno visitas no tengan la cara de mico.

Don Justo de pálido se puso lívido, pero continuó imperturbablemente.

—Después del almuerzo se vendría la señorita en un coche no tan lujoso ni con blasones como el que usaba en vida de su padre, pero sí con buenos muelles. Dormiría su siesta tomando posesión de una buena casa, la mejor de las que tiene el convento de... pues para alguna cosa es uno mayordomo; cuando despertara se la serviría el té en vajilla de plata, por criados que adivinarían sus pensamientos; después iría al teatro la señorita, porque los mayordomos de mejor fama vamos solamente el domingo en la tarde, volvería a comer opíparamente como en los mejores días que haya tenido; y todo esto verdaderamente en cambio de una bagatela, por consentir el que a su bonito nombre Rosita Dávila se le una *de Amable*.

—¡Del infierno!, gritó con voz terrible la huérfana.

Don Justo buscó su sombrero y en seguida la puerta, desde la cual dijo con una socarronería cual suponemos que emplearía el Diablo cuando teniendo hambre Jesucristo en el desierto y enseñándole varios reinos, le decía: “Todo esto te daré si me adoras”.

—Créame usted, Rosita, es mejor esa vida que le propongo a usted y que desde este momento puede realizarse, que estar sin desayuno... Y desapareció.

Rosita exhaló un grito desgarrador, se cubrió la cara con ambas manos, como deseando apartar de sí aquella horrible visión, y cayendo al suelo de rodillas en un arranque que parecía desesperación, porque era el último esfuerzo de la esperanza, pidió a Dios mitigase sus penas.

Muy consolada con aquella rápida oración, fortalecida con el mismo exceso del dolor, que ella nunca se hubiera juzgado capaz de resistir, vio entrar a Clara, que siempre que llegaba manifestaba alegría, haciendo un gesto del mayor enojo, trayendo el mismo bulto que había llevado.

—¿Qué te ha sucedido Clarita?

—Me han devuelto el túnico.

—¿Qué tiene?

—Le han puesto mil *peros* y me lo han arrojado a la cara.

—Pobre hermana mía, ¡cuánto habrás sufrido!

Clara, sorprendida de la ternura con que le hablaba su amiga, olvidando sus propias penas, le dijo:

—Lo que siento es que usted no se ha desayunado y ya han pasado como cuatro horas desde que nos levantamos; y esto sin haber cenado...

—No te apures.

—¡Cómo no me he de apurar, si ya no tenemos qué empeñar!



—Empeña el túnico; Dios dirá después.

—Dice usted bien; voy inmediatamente a empeñarlo; aquí en la esquina a la tienda de “La Estrella”; sólo que lo empeñaré en muy poco para poderlo sacar con lo primero que tengamos.

Clara volvió a breve rato trayendo algunos comestibles, y se puso a hacer el chocolate.

—¿Oyes Clarita? están llamando una misa en San Salvador. ¿No vamos?

—Si está usted dispuesta, con mucho gusto, desde que vivimos aquí no había usted querido salir.

—No me hables de usted ¿No somos hermanas? ¿No estamos padeciendo juntas?

—Pero yo no me atreveré...

—Entonces yo tampoco te hablaré así.

—Pues obedeceré.

—Sabes Clara que sería conveniente me llevaras esta tarde a ver a tus padres; desde que entraron al Hospital de Jesús no los he visitado, y creerán tal vez que soy ingrata.

—Iremos, Rosita; pero no pienses que te quieren menos porque no has ido; todos los domingos me preguntan por ti y tienen mucho gusto de saber que estás muy mejorada.

Las dos jóvenes desayunaron con buen apetito, y habiendo acabado de peinarse mutuamente, operación que era algo larga en Clara y muy breve en Rosita, pues como hemos dicho le habían recortado el pelo en su enfermedad, se dirigieron a oír misa en la Capilla de San Salvador.



11. CÓMO ES FÁCIL ALCANZAR UNA NOVIA CUANDO SE TIENE UNA ESTRELLA EN LA MANO

Serían las ocho de la noche de aquel mismo día en que don Justo había hecho su *ultimatum*, cuando la vivienda de Rosita en la calle de Necatitlán presentaba la escena siguiente:

Las dos jóvenes habían ido a ver a los padres de Clara y los habían encontrado muy aliviados, y creyéndose libres de la visita del mayordomo se habían puesto a jugar *porrazo* en una pequeña rinconera en que estaba la vela: una media docena de sillas que no tenían ya color conocido, completaban el ajuar de la casa.

—¡Bendito sea Dios!, dijo Clara, que no ha venido ese posma¹⁰ del mayordomo. Anoche casi acabamos la vela, y hoy tendremos que acostarnos temprano. Mira, apenas tiene unos tres dedos.

—¿Y qué has pensado que hagamos, preguntó la huérfana, para sacar el túnico? ¿En cuánto está?

—En cuatro reales; no quise pedir mucho por temor de no poder sacarlo después, y me dieron dos reales en dinero y dos en recaudo, de los que apenas nos queda para desayunarnos mañana.

—Entonces será mejor que la de hoy porque comenzó sin desayuno.

—¿Pero qué haremos para sacar el túnico? No nos quedan más que dos prendas que quieran recibir en la tienda, el rebozo de usted...

—Tu rebozo y mi tápalo:

—Empeña el rebozo que al fin es menos necesario, yo no salgo como tú...

En medio de aquella conversación llegó don Justo, diciendo:

—¡Santas y buenas noches mis queridas señoritas!

—Rosita no respondió.

—Pase usted a sentarse, señor don Justo, dijo Clara, a quien todavía duraba el contento de haber visto aliviados a sus padres.

¹⁰ Persona pesada y tarda.



—Fue usted a ver hoy como todos los domingos a sus señores padres.

—Sí, señor don Justo, y están muy aliviados.

—Lo celebro mucho porque desgraciadamente... ¡ah! es una mala... noticia... pero...

—¿Qué ha sucedido señor don Justo?

—Nadie está exento de un accidente; yo tengo que ir a Morelia por efecto de una quiebra, que allí ha tenido una persona a quien había prestado mi fianza, y como este acontecimiento merma mucho mis cortos recursos, me he visto en la necesidad de retirar la responsabilidad que había dado por la pensión de sus padres de usted...

—Afortunadamente están muy aliviados, los traeremos aquí.

—Debo también decir a ustedes que por ausentarme según he indicado he recogido la fianza de esta vivienda. En lo de adelante ustedes verán quién responde por la renta... Todo esto me es muy sensible; pero pónganse ustedes en mi lugar... la caridad bien ordenada por casa entra.

—Quién sabe qué hagamos señor don Justo, porque no tenemos fiador; procuraremos pagar la renta cumplida...

—Según me dijo el cobrador, porque esta casa es del convento de... no se admite en la mayordomía a ningún inquilino sin fianza ni por un día... Les digo a ustedes esto para que con tiempo vean lo que hacen, porque tal vez mañana vendrán a exigirla.

Clara y Rosita se quedaron estupefactas, sin responder cosa alguna; a esta sazón se oyó que tocaban suavemente en la puerta del enverjado, Clara salió a ver quién llamaba, y aprovechando este momento el mayordomo dijo en voz baja a Rosita:

—Todavía es tiempo ¿paz o guerra?

Rosita no respondió, admirada de que a tanto llegasen las tramas de los beatos. Don Justo tomó su sombrero al ver que entraban dos caballeros y se despidió brevemente, no sin procurar inquirir quiénes fuesen; pero nada pudo adelantar porque Clara, a quien al paso preguntó, le contestó que no los conocía.

Tomaron asiento los recién venidos a instancia de Rosita, que los trató desde luego con grandes atenciones, temiendo que viniesen a exigir la fianza de la vivienda, que era lo que más le preocupaba de cuanto había dicho el mayordomo.

Nuestros lectores habrán adivinado que los visitantes eran don Abundio Torres y don Fausto Roldán. Ninguno era fuerte en esto de conversar con las damas, así es que Torres creyó cosa muy conveniente

empezar por hablar del tiempo para llegar después al matrimonio y a la consiguiente demanda de que estaba encargado. Roldán, mientras que su compañero preparaba tan diestramente el terreno, sacaba el reloj luciendo su cadena de oro y el anillo que había mandado Fernando se le comprase; pero como no entendía los números de la carátula, volvía a guardarlo tan ignorante de la hora como antes.

Clara, a quien llamaba algo la atención el de la cadena de oro por cierta vaga semejanza que creía reconocer, le preguntó:

—¿Qué horas tiene usted?

—Hace un rato que estaban acabando de dar los clamores; respondió don Fausto no atreviéndose a mentir en esto de minutos.

Rosita echó una mirada triste a la vela, que mermaba a gran prisa.

Don Fausto iba con la barba recortada, con el pelo de la cabeza aderezado hacia arriba, pues el peluquero conoció que era lo que más le convenía a causa de lo muy pequeño de su frente; no pudiendo sufrir la corbata, que algún enemigo de la libertad natural sin duda inventó, procuraba ensancharla metiéndose los dedos en el cuello, cuidando después de no olvidar la lección que le había dado don Abundio de ponerse erguido.

—Pues señorita, no extrañe usted nuestra visita; se atrevió en fin a decir don Abundio, dirigiéndose a Rosa.

Ésta se encomendó a todos los santos, creyendo que empezaba el asunto de la fianza. Torres continuó:

—Gregorio, es decir, don Fausto Roldán, que es este señor que me acompaña...

El interesado se limpió el pecho y ejercitó la lección de ponerse erguido.

—Desea... desea... Diga usted don Fausto de Roldán lo que desea.

—Que se case conmigo la niña Clarita, dijo éste sin el menor empacho.

El más completo estupor se apoderó de ambas jóvenes, hasta que Rosita, rompiendo el embarazoso silencio que había seguido a la petición, y haciendo de madre de familia preguntó:

—¿Qué dices, Clarita?

—¡Pero si yo no conozco siquiera al señor!

—¡Cómo no! Recuerde usted que le he mandado cartas.

—¿Usted?

—Sí, doña Clarita; y varias veces la he hablado, aunque de paso; esta mañana...

—¡Ah! ¡Si es el payo Gregorio!, exclamó la novia sin reflexionar lo que hacía.

Don Fausto no se cortó por esto, y haciéndose superior a todo, le dijo:

—No lo niego, señorita, era yo el payo Gregorio; mas ahora que Dios me ha dado una mediana fortunilla, he querido tener la satisfacción de ofrecérsela a la persona a quien amo desde la primera vez que la vi.

Don Abundio se felicitaba de la buena salida de su compañero, y Rosita se divertía admirablemente con aquella escena; Clara seguramente se disponía a contestar cuando la pieza quedó completamente a oscuras por haberse acabado la vela, cuyo pabilo se precipitó repentinamente en el cañón del candelero, sin haber dado siquiera el anuncio fatal de lo que llamamos pavesear.

Don Abundio, que conoció la horrible mortificación en que estaban las jóvenes, se apresuró a poner término a la conferencia, diciendo:

—Señoritas; no se tomen ustedes la molestia de encender vela por nosotros; el objeto de mi comisión está cumplido, y sólo pido a ustedes permiso para que el señor don Fausto Roldán pueda venir libremente a la casa.

Rosita contestó:

—Creo que en esto no hay inconveniente alguno, aunque debo advertir a ustedes que, siendo Clara hija de familia, nada puede responderse a lo que el señor Roldán solicita sin consultar primero a sus padres.

La licencia para que visitase el novio la casa que tanto había encargado Fernando estaba concedida, por lo que se retiraron de ella los que habían ido a pedir a la novia.

Al día siguiente los marchantes de “La Estrella del Sur”, que es una tienda que se halla en una esquina de la calle de Necatitlán, se encontraron con la novedad de que había cambiado de dueño.

Efectivamente, un hombre muy decente que a cada momento miraba su reloj, se paseaba de un extremo a otro del mostrador, sin despachar nada; ocupado al parecer en alguna difícil combinación de comercio, pensaba en aquellos momentos cómo haría pasar alguno de los grandes manojos de velas que tenía allí colgados al número 3 de la misma calle de Necatitlán, sin que se ofendiesen las niñas que vivían en la habitación interior.

A don Fausto Roldán, pues éste era el personaje de que hablamos, le pareció que era cosa muy propia de un nuevo dueño pedir al cajero mayor el último balance, que había servido de base al contrato.

Había no obstante un ligero inconveniente, para que el señor *de Roldán* como a sí mismo se llamaba, se impusiese de su contenido, y era que no sabía leer; pero arrojando con todo inconveniente tomó el libro y fue a fingir que lo leía, retirándose a un extremo de la tienda tras de una pequeña celosía, desde donde miraba a todos los marchantes sin ser visto.

De repente le dio un gran vuelco el corazón, porque vio entrar a Clara, y que llamó al cajero mayor, a quien mostró un rebozo negro, pidiéndole que en cambio de aquella prenda le diese otra que había traído el día anterior, y que si era posible se le aumentara en algo el empeño aunque fuese en recaudo. El cajero le contestó con muy buen modo, diciéndole que había variado de dueño la negociación, y que iba a pedirle a este permiso para hacer lo que solicitaba. Roldán que había estado observándolo todo, no queriendo perder tan oportuna ocasión de manifestarse en toda su grandeza, salió al encuentro de su dependiente y le dijo en alta voz:

—A esta señorita cuanto pida, sin prenda alguna, haga usted que se devuelvan las que tenga aquí y despache usted además a su casa con el mozo todo lo necesario para una despensa bien provista, sin olvidar un manojo de velas de la mejor clase, cargándolo todo a mi cuenta particular.

Temeroso Roldán de echar a perder lo que acababa de hacer en su concepto muy bien, saludó a Clara con una rendida inclinación de cabeza, vio la muestra de su reloj y volvió dizque a imponerse del balance, muy satisfecho de haber cumplido la orden que Fernando le había dado desde la noche anterior, cuando fue a comunicarle el resultado de su visita; pero desgraciadamente había añadido la publicidad, y aun cierta ostentación que no dejó de mortificar a Clara; pero era tan grande la penuria en que ésta se hallaba, que la idea de proporcionar a Rosita aquella inesperada abundancia de parte de su novio, hizo que la aceptase sin mucha resistencia. En el mismo día tuvo Roldán ocasión de lucir nuevamente su munificencia, porque habiendo ocurrido el cobrador de la casa de La Palma a exigir a las jóvenes, no solamente la fianza de la renta para lo venidero como ellas habían entendido, sino también dos meses vencidos, Rosita, que no consideró conveniente que su amiga pidiese nada a su futuro, salió llena de vergüenza a suplicar a éste le facilitase ocho pesos y su fianza, la cual inmediatamente mandó extender; y aunque respecto de la firma se ofreció la dificultad de que no



sabía escribir don Fausto, todo quedó allanado firmando por él su cajero.

Roldán no era hombre que se dormía en sus negocios, así es que hablándole a Rosita, cuya influencia en Clara debía ser a juicio de él muy grande, la dijo:

—No es necesario que su *merced*, es decir usted, se moleste viniendo, pues con un papelito a cualquiera hora mandaré cuanto tenga usted a bien pedir no solamente frioleras como ésta, porque cuanto tiene esta pobre casa es de ustedes. Las personas que como su *merced* (aquí se le olvidó corregirse) han tenido grandes proporciones, deben experimentar mucha molestia cuando les falta alguna cosa, y por lo mismo con toda confianza dígame usted cuando vaya a visitarla, o con un papelito lo que guste, y será servida.

Ésta era también orden de Fernando, que había de cumplir en la primera visita; y no creyó don Fausto que se perdía nada anticipándola.

Rosita, profundamente conmovida de las finezas de aquel hombre, volvió satisfecha a su casa a despachar al casero, y sintió renacer toda su noble dignidad cuando pudo decirse:

—Nada debo a ese sátiro que ayer vino a tentarme con sus trufas y su vino de lágrimas.

Ambas jóvenes se pusieron a componer el túnico conforme a lo que Clara recordaba que le había dicho la dueña de él; pero con grande admiración de entrambas dieron las doce sin haber adelantado nada, porque toda la mañana la habían pasado charlando del novio, de las ocurrencias de la noche anterior y de la longanimidad del futuro, que tan hermoso contraste hacía con el sátiro (así llamaban a don Justo) quien les había vendido el favor de pagar por ellas la casa sin que hubiera dado un maravedí. En esto se ocupaban cuando llegó un mozo del hospital, a quien ya conocían, trayendo una carta que leyó Clara. En ella le decía su padre, que habiendo pasado dos meses sin pagar la pensión, y no habiendo quien respondiera por ellos, el director le había significado formalmente que saliesen él y la señora para su casa.

—¿Qué dices, Rosita, lo que es el sátiro? No sólo no ha pagado la pensión; pero ni ha dado responsiva alguna. ¿Qué haremos?

—Busca en la vecindad un tintero.

—¿Qué vas a hacer?

—A pedir a don Fausto el dinero.

—¿Sesenta pesos que importa la pensión de los dos en el tiempo corrido?

—¡Sesenta pesos!

—¿Y si te los niega?

—Eso vamos a ver. No sé porqué el ocurrir a ese buen hombre no me humilla; voy a pedirle sesenta y dos pesos para que traigas a tus padres en coche, y para que hoy nos demos un gran día, pues mientras vas por ellos yo me pondré a guisar.

Rosita escribía mientras Clara levantaba la costura en que poco habían hecho y buscaba una vecina que se encargase del mandado. Apenas empezaban a hablar las dos jóvenes acerca del atrevimiento de Rosita en mandar pedir la cantidad, cuando ya estaba de vuelta la mandadera trayendo el dinero. Rosita lo contó y encontró que eran setenta pesos, llamó a la vecina y le suplicó que fuese a devolver ocho pesos que venían de más; pero volvió ésta a decir de parte del nuevo dueño de la tienda, que su ánimo era completar cien pesos y que por no tenerlos en aquel momento sólo mandaba setenta; pero que en la tarde mandarían el resto.

—¿Sabes Clara que te has encontrado un novio como hay pocos?

—¡Y yo le había contestado a todas sus cartas y a todo sus recados, que era un payo grosero!

—¿Qué quieres? No siempre se tiene el don de acertar.

Clara se fue a traer a sus padres, no sin echar una mirada de curiosidad, y también de agradecimiento, hacia la tienda de “La Estrella del Sur”, al pasar por su frente.

El dueño de ella no vio pasar a la poblanita, ocupado en decirle a su cajero:

—Aunque le dije a usted esta mañana que cargase a mi cuenta particular lo que pidiera doña Clara Nájera o la señorita Dávila, apunte usted esto en la cuenta del señor don Fernando Henkel.

—Está muy bien.

—Se me olvidaba decirle usted que en lo sucesivo seremos socios. ¿Cuánto tiene usted de sueldo?

—Una friolera, veinticinco pesos mensuales.

—¿Y el otro dependiente?

—Quince.

—Pues en lo sucesivo, además de su sueldo, tendrán una parte de las utilidades.

Sacó en seguida don Fausto de su bolsa un papel en que había escrito Fernando lo que debía convenirse con los dependientes, y dándosele a su futuro socio le dijo:

—Lea usted, éstas son las condiciones:

Los dependientes deben tener parte en las utilidades capitalizando su sueldo actual a razón de seis por ciento anual, porque el capital moral que de esta operación resulta junto con el capital físico, son los que producen las ganancias, y como el sueldo mensual de los dependientes, así como el jornal de los trabajadores más pobres, es un verdadero anticipo de ganancias, al repartir éstas en proporción de los capitales morales o físicos, debe rebajárseles a los socios, lo que se les haya dado en efectivo o en gastos para su individual subsistencia.

—¿Qué le parece a usted?, preguntó Roldán a su dependiente.

—Señor, yo pensaba dejar la casa si no se me adelantaba el sueldo, pero con la propuesta que usted me hace, continuaré con mucho gusto, pues aunque las ganancias que deban tocarnos como socios industriales deban ser poco considerables sobre nuestros sueldos y gastos de subsistencia, el carácter de socios nos dará satisfacción en el trabajo, y aumentará forzosamente nuestra dedicación y cuidado, y hará que veamos la negociación como propia.

Cuando esto decía el primer dependiente ya el segundo se le había reunido para apoyar lo que manifestaba. El propietario, dándose cierta importancia, terminó la conversación repitiendo lo que varias veces había oído decir a Fernando.

—Todos podemos alcanzar un poco de bienestar ayudándonos mutuamente; yo no soy avaro, señores; el avaro tiene que seguir una lucha eterna, hasta consigo mismo; yo confío enteramente en ustedes, y supuesto que hay un modo de reunir los intereses de todos, no seré nunca el primero que rompa nuestra asociación.

Don Fausto pasó a la trastienda para reconocer las existencias de efectos, mientras que el segundo dependiente preguntaba al primero:

—¿Qué, el amo no sabe escribir?

—¿Por qué lo dice usted?

—Porque no firmó la fianza.

—Yo no sé...

—Creo que tampoco sabe de comercio, ¿no vio usted que ahora que vinieron a ofrecer frijol, no examinó la muestra sino que se la pasó a usted?

—Pero ninguna de estas circunstancias hará que cuidemos menos de la negociación; ya ve usted, somos socios y no simples dependientes.



—Ciertamente, y yo le aseguro a usted que si no fuera por el ofrecimiento que nos ha hecho, me daría mucho disgusto estar trabajando en favor de un ignorante, como tantos amos que he tenido.

—Por ahora sepa o no sepa, replicó el primero, nada absolutamente nos toca, supuesto que él es socio capitalista y nosotros socios industriales.